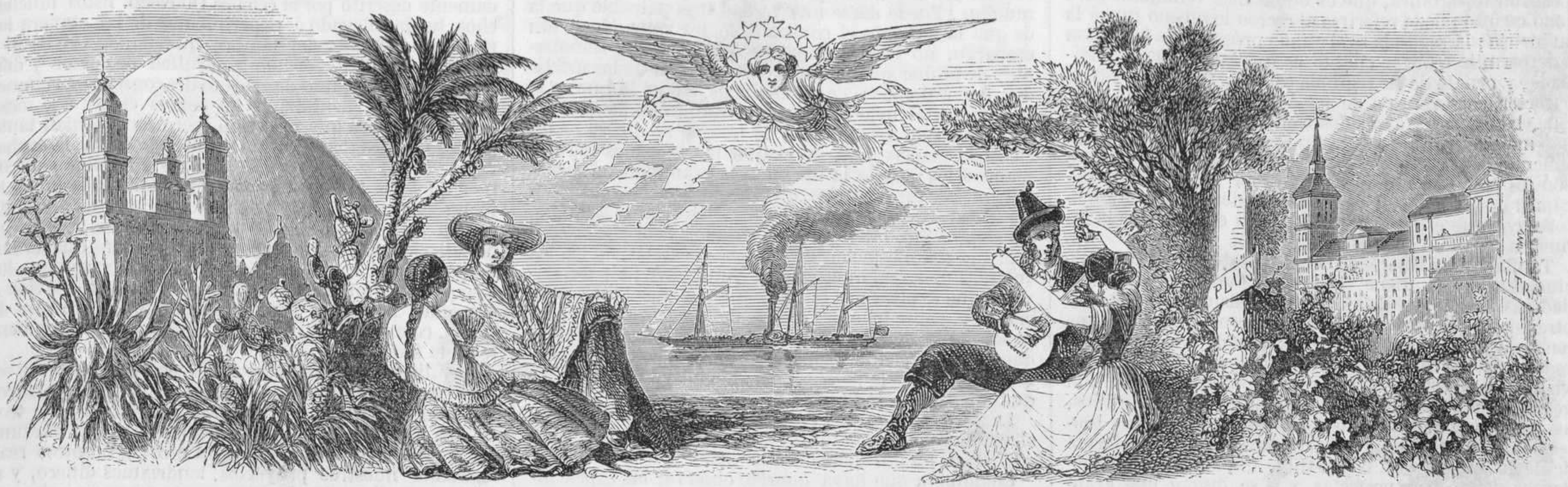


EL CORREO DE ULTRAMAR

PÁRTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 43.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

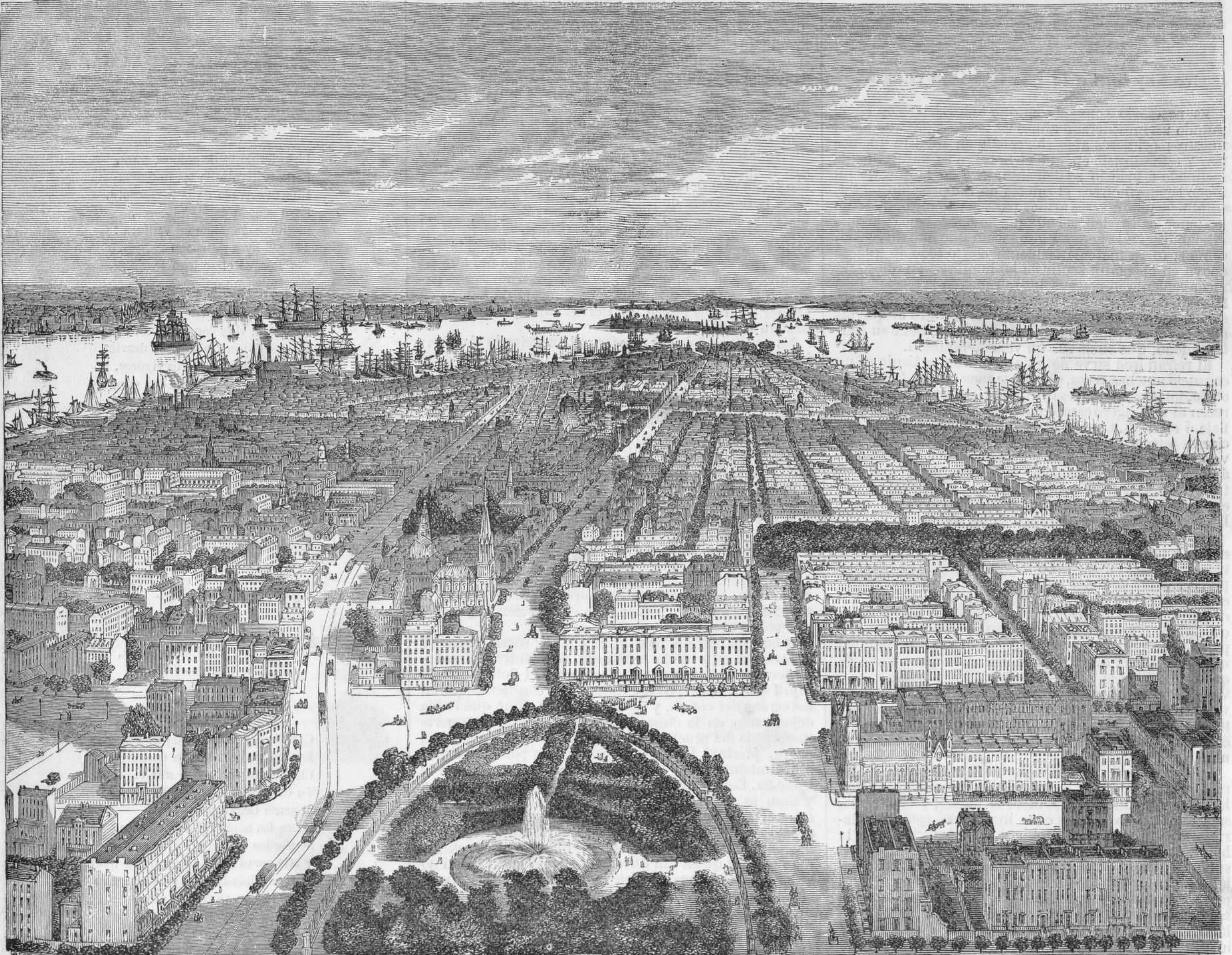
Nueva York; grabado. — No hay mal que por bien no venga. — Al alma de mi alma. — Historia de la semana. — Cartas sobre la Escocia; grabados. — Los Talismanes. — Los esquimales. — Interior del Cairo; grabado. — El árbol de la quina; grabado. — Delante de mi fuego. — La montaña magnética de Santo Domingo. — Anécdota. — El Sereno, canción andaluza. — El cochero de cabriolé. — B. Alonso de Madrigal, (el Tostado). — De la emi-

gración inglesa. — El observatorio de Herschel en Fildhansen (cabo de Buena-Esperanza); grabado.

Nueva-York.

Consideramos demasiado conocida, principalmente

en el Nuevo Mundo, la ciudad cuyo plano tomado á vista de pájaro damos en esta página, para que nos entretengamos en hacer una descripción prolija á nuestros lectores. Bastaría para dar de dicha ciudad una idea ventajosa, decir que actualmente rivaliza en importancia política y comercial con Paris y Londres, y según el incremento que va tomando, es posible que antes de



Nueva-York á vista de pájaro.

pocos años rivalizará también con estas poblaciones en el número de sus habitantes.

Muchas circunstancias favorables concurren á elevar esta ciudad al rango de las primeras que hayan existido en el mundo : en primer lugar debemos considerar su posición topográfica, que es de las más ventajosas para todo cuanto puede referirse al recreo lo mismo que á la industria ; la segunda es el estado próspero de la nación que permite realizar cuanto es necesario á las comodidades y ornato de su segunda capital, y por último, el carácter perseverante de los habitantes de aquel país, que, laboriosos y atrevidos como los ingleses, realizan sus mejoras con rapidez, sin retroceder ante ninguna dificultad. Por eso los Estados Unidos y la Inglaterra son los países en que hasta ahora ha reportado la mecánica más frutos del vapor y de todos los agentes motores con que el genio del hombre ha enriquecido la industria de algun tiempo á esta parte.

También debetenerse en cuenta que Nueva-York, como ciudad moderna, tiene las calles rectas, formando verdaderas líneas paralelas y perpendiculares unas con otras. Pero ¿es esto una belleza? Nosotros creemos que hasta cierto punto es un defecto. Una de las causas que más contribuyen á producir el fastidio en el viajero que visita la capital de Rusia es precisamente la precisión geométrica de las calles y la identidad de los edificios, así como uno de los primeros encantos del célebre *boulevard* de París consiste en la constante curba que forma desde la Magdalena á la Bastilla. Así, las ciudades modernas siendo más perfectas, y si se quiere más grandiosas, son también más monotonas que las antiguas. El compás ha triunfado del capricho, pero también ha destruido la variedad que es el primer atributo de la belleza.

En una palabra, Nueva-York, como todas las poblaciones modernas, representa á lo vivo la índole positivista de la sociedad presente. A pesar de todo y por más preferencia que nosotros damos á la poesía sobre las matemáticas, creemos que Nueva-York, por su importancia comercial tanto como por sus hermosos edificios y monumentos, es hoy una de las capitales primeras del mundo, y creemos que nuestros lectores recibirán con gusto el grabado que representa dicha población.

No hay mal que por bien no venga.

Es necesario convenir en que todos hacemos en el mundo un inmoderado abuso de los refranes que desde nuestros primeros años se graban en nuestra memoria. Y esto consiste en que el hombre es naturalmente inclinado á todo lo sentencioso, á todo lo que de un modo lacónico ofrece el interés de un precepto moral; suministrando á veces armas para la polémica, que suelen tener las apariencias aunque no el fondo de la lógica, fundándose en la general aceptación que han merecido, como si fuera matemáticamente cierto todo lo que se apoya en el común sentir de los hombres. Yo coloco sin inconveniente ni reserva los refranes en la sección más falsa de este arsenal de armas de mala ley, por cuanto suelen ocultar el golpe que hiere de rechazo al que las maneja, del mismo modo que cada veneno tiene su contraveneno, que suele ser un veneno también.

El refrán que sirve de epígrafe á este artículo es un consuelo muchas veces, pero nada más que un triste consuelo, tan fugaz como esas ilusiones ópticas que desaparecen al más ligero cambio de los objetos que la luz refleja ó refracta. Contra la máxima que dicho refrán encierra, tenemos estotra, menos consoladora, pero más verdadera : « Bien vengas mal si no vienes solo. » Y voy á demostrar mi proposición para que no se crea que trato de imponer á mis lectores por capricho lo que ellos aceptarían voluntariamente como aceptan todas las verdades elevadas al rango de los axiomas.

Es un mal por ejemplo el que le saquen á uno una muela y no tenga noticia de que de este mal haya resultado jamás algún bien. Lo mismo que digo de este mal puede decirse de todos los males físicos ó morales que el hombre experimenta en este valle de lágrimas sacando de todos la misma consecuencia fundada en la observación, á saber, que ningún tuerto por el hecho de perder un brazo ha recobrado el ojo que le faltaba, ningún rico ha duplicado su hacienda por perder la que tenía. El caso que la sociedad mineralizada en que vivimos puede presentar más favorable al citado proverbio es aquel en que un joven hereda una gran fortuna por la muerte de sus padres, pero el bien á tanta costa adquirido será siempre considerado por mí como un verdadero mal.

Lo que debería decirse es que no hay absolutos males ni absolutos bienes en el mundo, puesto que lo que para unos es malo, para los otros es bueno, y vice-versa, sobre lo cual podríamos citar numerosos ejemplos diariamente sin más que asistir á las operaciones de la bolsa, donde las noticias que llegan del Oriente hacen subir los fondos perjudicando á los que están por la baja, ó bajar fastidiando á los que juegan al alza, en cuyas peripecias nunca se verifica que uno lllore sin que otro baile ó que uno baile sin que otro lllore; y como la bolsa es la miniatura de la sociedad, no creo necesario insistir en este punto para probar que el refrán en cuestión está mal formulado, pues lo que debería decir es que no hay bien ni mal para una persona que no redunde en daño ó beneficio de otra.

Paso á demostrar ahora que tenía razón el que dijo : « Bien vengas mal si vienes solo. » Pero, por ventura ¿necesita demostración esta verdad que puede incluirse en el número de las proposiciones que los lógicos llaman evidentes? Para los que han estudiado las ciencias exactas no hay nada que no exija demostración en el mundo. ¿Puede darse una verdad más palpable que la de que la suma es el conjunto de los sumandos? Sin embargo, no hay matemático que la acepte sino después de probar que la suma es la reunión de las unidades, de las decenas, de las centenas, etc., ó lo que es lo mismo que el todo es igual al conjunto de las partes; y aunque esta desconfianza de los que se dedican á las ciencias exactas peca de exagerada, vale más seguramente á los ojos de la inteligencia examinar las verdades antes de sancionárselas, que recibir á cierra ojos todos los disparates que de día en día descarga el humano charlatanismo, tales como las paradojas del doctor Gall sobre la manifestación externa en el cerebro de las facultades morales, intelectuales y animales; las de Lavater que explica por la fisonomía lo que Gall por el cráneo y, sobre todo, las teorías de Mesmer que han engendrado las modernas extravagancias sobre las mesas danzantes, espíritus golpeantes y otras cosas cuyo número se eleva á la potencia del ridículo en que caen los que tales sandeces propagan.

La verdad encerrada en el refrán : Bien vengas mal si vienes solo, se demuestra *a priori* y *a posteriori*. Emplearemos los dos métodos á la vez.

Cualquiera que haya querido observar las caprichosas evoluciones del destino habrá visto que el bien y el mal entran en el seno de las familias, digámoslo así, por entregas. Desde el momento en que un hombre es afortunado en una empresa puede estar seguro de no dar un paso sin resultados favorables, y esto lejos de extrañarme tiene para mí la explicación más clara y natural. En efecto, figurémonos que un hombre se consagra á cualquier ramo del comercio : si este hombre entra en la vía de las prosperidades, su crédito lejos de disminuir aumenta de día en día; los que habían de asediarse como acreedores, le suplican como deudores, y no hay sacrificio que no estén dispuestos á hacer en su favor para tenerle propicio; los que antes no le hubieran prestado dinero sin llevarle un quince ó veinte por ciento, se lo prestan luego á un interés módico y sin más garantía que su firma ó su palabra; en una palabra, los que al verle caído le hubieran dado por el pié, al verle levantado contribuyen con todas sus fuerzas á su mayor honra y provecho. Todo lo contrario se observa en el desgraciado á quien persigue la negra fortuna, y esto tiene la misma explicación ó, si ustedes quieren, la explicación inversa. El mismo comerciante para quien un suceso venturoso no es más que el primer término de una serie de prosperidades, debe temer mucho dar un tropezón, porque este mal paso será para él el primer término de una serie de tropezones que no concluirán hasta que se haya roto las narices. El labrador que tiene la desgracia de perder una mula y no puede remplazarla, pierde desde luego lo que le costó la mula : este mal produce inmediatamente otro cual es el de abandonar la labor de sus tierras; no pudiendo labrar las tierras coge naturalmente menos grano del que esperaba, y á la fatalidad de no coger bastante grano para comer, vender y sembrar, se sigue el de tener que vender á menos precio las tierras dando al traste con toda su labranza.

No hace muchos años que en el principado de Cataluña ocurrió la sangrienta historia que voy á referir, como prueba de que el mal ejerce una funesta fuerza de atracción tal, que cuando se presenta en una casa debe considerarse como preludio de mayores calamidades. Es el caso que un pobre labrador tenía dos hijos, uno en mantillas y otro de unos diez ó doce años de edad. Este último solía llevar todos los días la comida para su padre al lugar en que este cultivaba la tierra, siendo tan puntual en su comisión, que nunca se había detenido un cuarto de hora más de lo acostumbrado. Un día por desgracia el pobre muchacho se detuvo á la salida del pueblo á jugar un rato con sus amigos, motivo por el cual tardó demasiado en llegar á donde su padre le esperaba. Este sin ánimo de causar grave mal á su hijo le tiró á cierta distancia una piedra del tamaño de una avellana, que conforme podía no haberle tocado, fué á darle casualmente en una sien, dejándole muerto en el acto.

Sabida la triste noticia en el pueblo, corrió la madre llorando al sitio de la catástrofe, y mientras la pobre mujer iba á derramar las lágrimas del dolor sobre el hijo á quien ya no podía tributar otro consuelo, salieron los cerdos del corral, y se comieron al niño que había dejado solo en la cuna. Como ustedes ven, la muerte inesperada del muchacho, causada inocentemente por el padre, produjo la del niño ocasionada por el natural aturdimiento de la madre; pero no concluyó aquí la tragedia. Cuando la desventurada madre volvió á casa y supo lo ocurrido, cayó muerta repentinamente, y al saber el pobre labrador las nuevas desgracias de su casa, perdió el juicio, cediendo á esa muerte anticipada que lleva el nombre de locura. Ahora bien : si el desventurado padre á quien tan duramente trató la fatalidad no hubiera tenido la mala suerte de matar á su hijo mayor, no habría tenido la desdicha de perder al más pequeño; sin la muerte de sus hijos, tampoco hubiera perdido á su mujer, y sin estas calamidades reunidas no hubiera ido á parar á un hospital de locos que es el cementerio de los que solo conocen ya la vida por las impresiones del dolor.

A este ejemplo más que suficiente para probar que

puede realmente darse la bienvenida al mal cuando viene solo, añadiré por último otro menos triste, aunque no menos digno de referirse por su extraña originalidad. Se trata de unos cuantos muchachos que estaban á pupilo en casa de un domine de mi pueblo, mil veces más miserable y cruel que el padre Cabra, tan acertadamente descrito por el célebre Quevedo. Estos muchachos habían llegado á experimentar de tal manera los rigores del sueño y del hambre, que cuando volvieron á sus casas habían perdido la facultad de comer y dormir, siendo cada uno de estos males consecuencia inmediata del otro. Sentábanse los pobres chicos á la mesa con un hambre que no veían, pero como tenían tanto sueño, se quedaban dormidos antes de llevar la cuchara á la boca, y esto sucedía siempre á las horas de comer. Llegaba la hora de acostarse y allí tenía lugar la recíproca; se metían los pobrecitos en la cama deseando dar al cuerpo el descanso necesario, pero sentían tal desfallecimiento en el estómago, que por más que hacían no podían pegar los ojos. Así, se dijo con razón que los discípulos de mi paisano el domine, cuando volvían á sus casas, no podían dormir de hambre, ni comer de sueño, cosa que en otro sentido observamos comunmente en la sociedad.

Hay literatos, pintores y sabios en el mundo que serían ricos si dieran á luz sus obras, pintasen los cuadros que han imaginado ó pusiesen en práctica alguna teoría que han concebido, y estos sugetos podrían con fundamento decir : un mal enjendra otro; si nosotros realizásemos nuestros proyectos, tendríamos dinero, y si tuviésemos dinero realizaríamos nuestros proyectos; no trabajamos por que nos faltan los recursos, y nos faltan los recursos porque no trabajamos. Esto es lo que llamamos el círculo vicioso; la cuestión de si la gallina existió antes que el huevo ó el huevo antes que la gallina. Pero para mí, tratándose de los males que afligen á ciertos hombres no hay cuestión : el segundo de sus males ha de ser consecuencia inevitable del primero, y el primero se agrava con el incremento del segundo, de modo que todos los desgraciados se parecen en mi concepto á aquellos infelices muchachos de quienes se decía con razón que ni el sueño los dejaba comer, ni el hambre les dejaba dormir.

J. M. VILLER GAS.

AL ALMA DE MI ALMA.

SERENATA.

NOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura :
¿Si oyes mi ruego
Porqué el sosiego
Robarme quieres?

ESTROFA PRIMERA.

Me das la vida con tus amores,
Me das la muerte con tus desvíos,
Depon, hermosa, fieros rigores,
Dame tus brazos, toma los míos :
Si pude un tiempo causarte agravios,
No me castigues con tus enojos,
Deja que amante beba en tus ojos :
Sin tí la vida me da tormento,
Tú eres mi gloria, mi pensamiento :
La sola flor que creces
En mi camino :
La luz que resplandeces
En mi destino ;
La estrella pura
Que Dios puso en el cielo
De mi ventura.
Tú prestas alas á mis deseos,
Continuamente tu imagen veo ;
Tu vista calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA SEGUNDA.

Quando á tí lleguen de mis pesares
Los tristes ecos en son de quejas;
Quando yo turbe con mis cantares
Tu casto sueño, cubre tus rejas.
Si acaso llegan á tus oídos
Entre las notas del dulce canto,
Recuerdos gratos por tí queridos,
Y allá en tu lecho te arrancan llanto,
Vuelve á mis brazos, y arrepentida
De tus rigores dame la vida,
Que si conmigo dejas
De ser tirana,
Y sales á las rejas
De tu ventana,
Mi fe te jura

Ser girasol constante
De tu hermosura.
Cuando lucen serenos, libres de enojos,
Y me brindan placeres tus bellos ojos,
Su libre calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA TERCERA.

De tus amores la oculta historia
Guardo en la mente como un tesoro;
Tiene un infierno, tiene una gloria,
Con ella canto, con ella lloro :
Tras cada letra tu imagen veo
Que me sonríe... que me rechaza...
Que se armoniza con mi deseo...
Que luego, impía, me despedaza.
Ni sé si muero, ni sé si vivo,
Pero te adoro, soy tu cautivo.
Si tú hicieras pedazos
La dicha mía,
Yo al verte en otros brazos
Me moriría :
No haga la suerte
Que por dar á otro vida
Me des la muerte.
Si es ley forzosa de nuestro sino,
Que hemos de ir juntos por un camino,
Con tu amor calma mi pena impía,
Y así serás el alma
Del alma mía.

MOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura :
¿Si oyes mi ruego,
Porqué el sosiego
Robarme quieres?

JUAN DE LA ROSA.

Historia de la semana.

El otoño se adelanta anunciando un invierno rigoroso; la gente se apresura á volver á Paris, y sin duda no tardaremos mucho en consignar aquí la apertura de los salones parisienses, ese foco de vida y de animación sin el cual nuestra pluma errante acierta rara vez á llenar el cuadro en que se pintan semana por semana los altos hechos de esta sociedad tan fecunda en intrigas y en enredos.

¡Bien venida seas, época de bailes y de conciertos, época de teatros y de placeres continuos, que te burlas de los rigores de una naturaleza ingrata é implacable con los mil artificios del arte, de un arte consumado en proporcionar al rico todos los goces que pueden caber en la mente de esta generación sensualista hasta el último extremo! ¡Disfrutar de las comodidades, de los encantos de la vida, de una vida lujosa y opulenta, he aquí el lema de la generación actual; los hombres piensan ya en ello en su infancia, y las mujeres lo sueñan antes que los hombres! Y luego la gente se lamenta al ver esos enlaces desproporcionados que tanto abundan en la sociedad parisiense, y considera como tiernas víctimas á las jóvenes que sacrifican su juventud á un marido adelantado en años! La compasión está de mas aquí; pues regularmente la víctima preparó por sus manos el sacrificio y marchó libremente al altar con alegre paso, sin que la familia tuviera que hacer grandes esfuerzos para llevar á buen fin lo que aquí se llama « matrimonio de razón y de conveniencia... » La causa estaba ganada de antemano.

Sí, á la hora en que vivimos, en todas las clases de la buena sociedad parisiense, las señoritas no piensan mas á los veinte años que en crearse un sólido y brillante porvenir, mediante un matrimonio por dinero. Este es el cálculo que hace latir sus tiernos corazones; la ambición es el primer sentimiento que se despierta en sus almas virginales. Las que nada tienen que aspiran á lograr una fortuna, y las ricas desean aumentar lo que poseen.

En otros tiempos, remotos ya para esta sociedad civilizada, los sueños de una niña consistían en la esperanza de un himeneo dichoso con un joven bello y arrogante, enamorado y caballeresco; en el día esos sueños consisten en el anhelo de adquirir fortuna, lujo, un título aristocrático, toda la pompa mundana con cualquiera, sin pensar en la edad, carácter ni figura del marido que podrá proporcionar tan grandes esplendores.

Buena caricajada solitaria una parisiense de diez y siete años si la hablaran de un matrimonio de amor con un joven sencillo, hermoso y bueno que la hiciera feliz en una condición modesta; pero hablada de un millonario ó de un gran señor viejo y achacosos, y veréis como sus labios se sonríen, veréis como sus ojos brillan y se anima su gracioso rostro con una emoción viva y profunda. Un marido al borde del sepulcro que la dé á un tiempo honores y riquezas, he ahí el enlace que busca con ardor y que acepta entusiasmada.

Y estas esperanzas se realizan, estas uniones se logran; pero también, como la juventud no puede perderse impunemente,

sucede que viene mas tarde ó mas temprano, y cuando viene tarde trae consigo peligros y desastres que no se evitan siempre. Las jóvenes que pensaron antes de amar, acaban por donde debían haber principiado. A diez y seis años pensaban como mujeres de treinta; á la edad de la razón tienen sueños infantiles é ideas de primavera. Esto es lo que se llama el mundo al revés, marcha fatal donde es imposible no tropezar y caer á cada paso.

Nos ha sugerido estas reflexiones la historia de una señora á quien llamaremos Matilde, que se casó en su tierna juventud con un anciano. Era pobre y se volvió rica, de modo que tiene título, fortuna, muchos diamantes, muchísimos criados, brillante reunión en sus salones, en una palabra, todo lo que llamamos hoy felicidad completa. Es cierto que el marido era un poco groñón y bastante celoso; pero ¿cómo no perdonar estos defectos á un hombre que en cambio daba tanto? Sin embargo, los defectos fueron tomando vastas proporciones; el mal humor así como los celos progresaron rápidamente á medida que la vejez agriaba el carácter y aumentaba los achaques; los deberes de la esposa se ensanchaban también con estas penas, ordenándola el cuidar con esmero al viejo enfermo, para lo cual había que renunciar muy á menudo á las diversiones.

Muy penosas eran estas pruebas, y quizás Matilde no habría tenido fuerzas para soportarlas, si las vanidades del mundo y el brillo mundano hubiesen conservado para ella sus hechizos de antes; pero con el tiempo y conforme iba creciendo en años, sus gustos se simplificaban; Matilde llegó á creer que la conversación de un hombre de talento valía mas que todo el ruido de los salones, y los homenajes de este ilustre galán le parecían preferibles á las lisonjas de toda una muchedumbre de cortesanos. Nada le era mas fácil que renunciar á bailes y teatros, con tal de que el interesante Anatolio no faltara en su casa á la hora de las visitas. Inútil es decir que el celoso había debido acostumbrarse á la vista de Anatolio, pensando razonablemente que en su estado no debía mostrar exigencias, ni dar órdenes que no se sentía con fuerzas para hacer obedecer rigurosamente.

Las cosas fueron así largos años, hasta el día en que el anciano llamó á su mujer á la cabecera de su lecho para darle sus últimas instrucciones, entre las cuales figuraba en primera línea la de que podía casarse con Anatolio.

— Eso mismo pensaba yo hacer, habría podido responder Matilde.

En efecto, despues de la muerte del anciano, y pasada esa época de luto y de tristezas que para tantos es una de las faras de este mundo, la viuda, bien consolada ya, siguió el consejo del marido, y obediendo á la voz misteriosa de su corazón, se casó con el joven Anatolio.

Matilde tenía treinta y dos años, y el nuevo esposo apenas había entrado en los veinticinco. Anatolio hacia como las señoritas de Paris, pensaba en su porvenir; ambicionaba una buena fortuna, y bajo este concepto el negocio era excelente, pues la viuda poseía mas de ocho mil duros de renta.

Sucedió, pues, que Matilde despues de haberse casado por interés cuando era joven, contrajo segundas nupcias por amor cuando ya no lo era. Así se encadenan las torpezas en una vida falseada desde su principio. La viuda creyó desquitarse en su nuevo matrimonio, y no hizo mas que cambiar de miseria. La última parece mas seductora, pero en el fondo es mas temible: Matilde lo sabe ya por experiencia. Joven tuvo que aguantar á un anciano, y vieja tendrá que sufrir á un joven. Ahora la toca á ella estar celosa; Anatolio la deja, la abandona, y aun tiene la crueldad de decirla:

— ¿De qué te quejas? lo mismo hiciste tú con el otro.

Este verano Matilde se ha quedado en Paris, mientras su joven esposo se pasea por los baños de Alemania; la ausencia debía durar quince dias, y dura aun, y quizás durará hasta el invierno, pues podrá suceder que Anatolio sea de los que vuelvan este año á Paris con menos prisa.

La historia es auténtica; Matilde existe y con ella existirán también otras muchas víctimas cegadas desde la juventud por la pasión dominante de la época, pues ella representa un tipo por desgracia harto comun en nuestros tiempos.

En cambio y como compensación de esta triste realidad, queremos ofrecer á nuestros lectores otro cuadro mas simpático sobre el mismo tema, aunque á la inversa, que tomamos íntegro de una correspondencia de Roma publicada en un periódico parisiense.

El sumo pontífice Pio IX abre todas las mañanas las cartas que se le envían. Un día encontró la siguiente:

« A ejemplo del Señor de quien sois el digno ministro, poseéis en el corazón infinitos tesoros de misericordia. A vuestro corazón se dirige, pues, una infortunada joven. Hace cinco meses que, sin experiencia de las cosas de este mundo, tuve la desgracia de creer en palabras que no debí escuchar; pero la boca que las pronunciaba era tan dulce, tan hermosa! Una noche salí de Nápoles, mi patria, que sin duda no volveré á ver nunca!

« ¡Cuánto habrá llorado mi padre cuando vió mi cuarto vacío y desierto! Hoy vengo á implorar vuestro perdón y el de Dios, así como la gracia de ir á ocultar mi vida culpable en un convento de Roma, para acabarla en las lágrimas del arrepentimiento y en la expiación de la penitencia.

» JULIA. »

Seguían despues las señas de la joven al pié de este billete, manchado en diferentes sitios por la huella de muchas lágrimas. Pio IX envió inmediatamente á buscar á Julia, que se presentó poco despues al Sumo Pontífice llorando y ocultándose el rostro en los pliegues de su velo negro.

Pio IX la tranquilizó y la dijo:

— No temas nada, hija mía; no es un juez quien te ha hecho llamar, sino un padre que quiere perdonarte, si como me has escrito te hallas sinceramente arrepentida. Levanta el velo.

La napolitana alzó el velo y dejó ver un rostro resplandeciente de hermosura, á pesar de las lágrimas y la desesperación que pretendían oscurecer su brillo.

El Papa le mandó que contara su historia, que era la misma

que la de todas las jóvenes que sacrifican el deber y la razón á los impulsos de un corazón apasionado y ardiente.

La falta cometida era enorme, inmensa; sin embargo, no era irreparable. Pio IX lo conoció despues de haber medido la extensión del mal, la profundidad de la llaga. El joven que había sacado de su casa á la napolitana no era enteramente culpable; pertenecía á una familia noble, pero no muy rica que, sufriendo como toda la nobleza napolitana, las preocupaciones de lo que llaman alianzas desiguales, negaba su consentimiento para que su hijo se casara con la hija de un plebeyo, rico en verdad, pero sin títulos de nobleza.

— ¿Dónde vives, hija mía? preguntó el Sumo Pontífice á la joven.

— En un cuarto que hemos alquilado en el Corso, en una fonda.

— Solo.

— No, padre mio.

— ¿Con él?

La joven no respondió, pero su silencio equivalía á una afirmación.

— ¿Y le amas?

— Méenos que á Dios, pero mas que á mí misma.

— ¿Tienes confianza en mí?

— Sí, padre mio.

— Entónces no vuelvas al Corso. Voy á enviarte por algunos dias á un convento, donde rogarás á Dios que te perdone como yo te he perdonado.

Por la tarde de aquel mismo dia, cuando la joven mas resignada y firme ya entraba en el convento, Pio IX interrogaba á Josepe inconsolable lo mismo que Julia, por el obstáculo que impedía su matrimonio.

— ¿Amas á Julia? le preguntó el Papa.

— Con toda mi alma, respondió Josepe.

— ¿Por un dia quizás?

— Por todo el tiempo que esté en la tierra.

— ¿Te sientes con fuerzas para hacerla dichosa?

— Sí, aunque fuera á costa de mi propia vida.

— ¿Lo prometes?

— Lo juro.

— ¿Por tu honor?

— ¡Por esta cruz! exclamó Josepe mostrando la crucecilla de oro del Sumo Pontífice y arrojándose á sus piés.

El Papa le hizo levantar, le preguntó el nombre de su familia, y le despidió hasta dentro de ocho dias.

En efecto, una semana despues, á la misma hora, se hallaba en presencia del Sumo Pontífice, que le dijo con acento gozoso:

— El obstáculo que se oponía á vuestro casamiento ya no existe; todo lo puede Dios, que no reconoce mas que una nobleza, la de la virtud. He obtenido el consentimiento de tu familia. Dentro de quince dias te casarás con Julia.

En el mismo instante Julia, llamada al Quirinal, se presentó delante de Pio IX. Al ver á Josepe, estuvo para perder la cabeza.

— Alégrate, le dijo el Sumo Pontífice; ahora puedes mirar sin sonrojarte al que es objeto de tu cariño. He recibido una carta de tu madre, que te ama como antes y te perdona el sentimiento que la has causado. Su desesperación la puso al borde del sepulcro, pero ya está mejor y la veréis la semana próxima, pues debe venir á Roma á presenciar vuestro casamiento. La familia de Josepe consiente en la boda y te considera como una hija.

Julia volvió despues á su convento y Josepe á su fonda, y quince dias despues se hallaron ambos á las cuatro de la mañana en la iglesia de Santa María de los Angeles.

Allí, en la capilla de la Virgen y en presencia de los parientes, recibieron la bendición de manos de un sacerdote, que era Pio IX.

MARIANO URRABIETA.

16 de octubre de 1853.

Cartas sobre la Escocia.

Edimburgo. ...

I.

Estimados amigos:

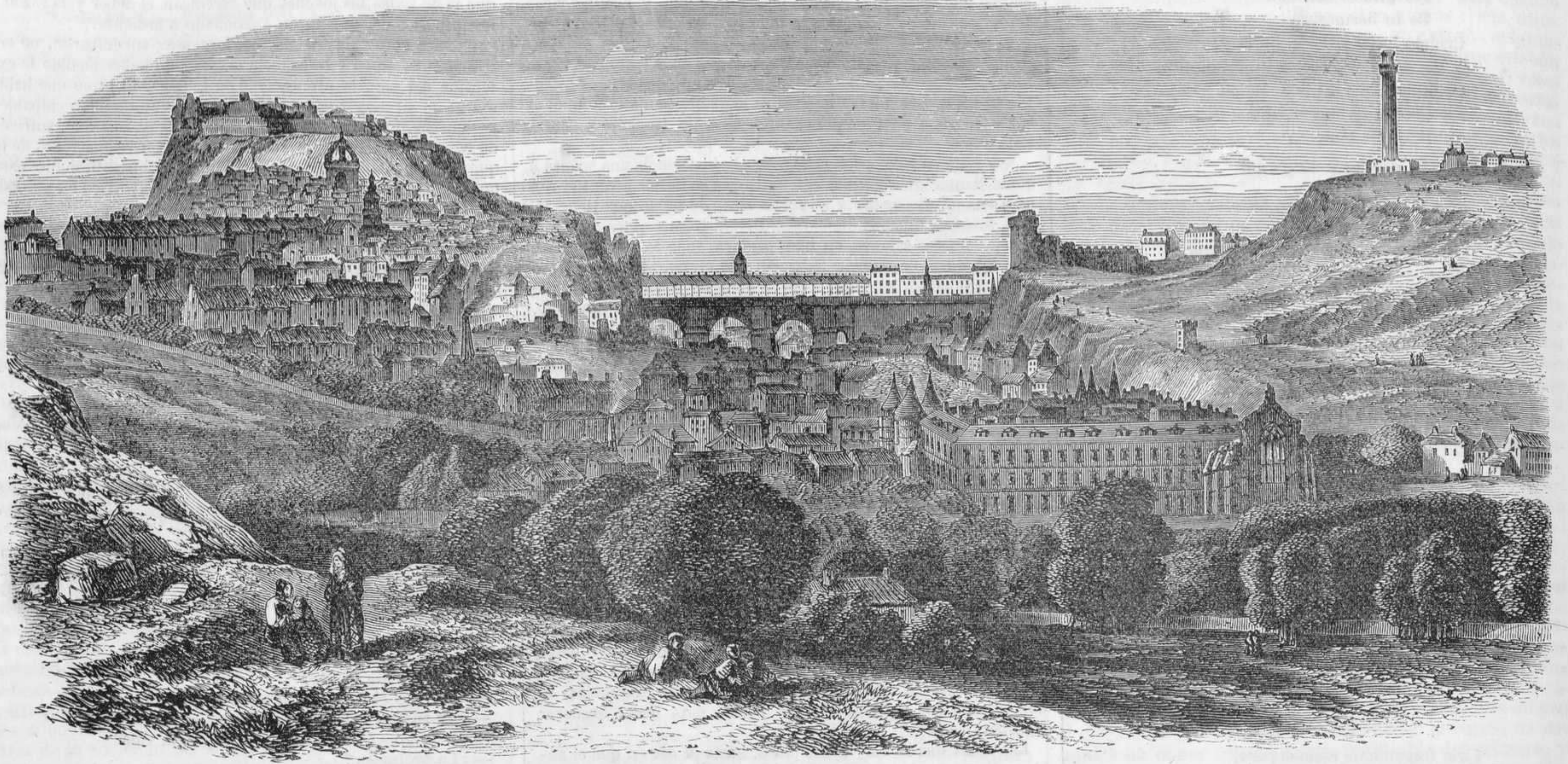
Escribo á Vds. desde Edimburgo donde me hallo hace quince dias. Ya saben Vds. que estoy mas acostumbrado á manejar el lápiz que la pluma por cuya razón cuento con su indulgencia si en mis cartas no corresponde el estilo á mis deseos. En ellas procuraré expresar con el mayor orden posible mis impresiones de viajero y de artista, incluyendo los adjuntos dibujos cuyo único mérito consiste en la exactitud, convencido como decía Boileau de que

Rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable.

Esta antigua y clásica máxima, puede mejor que en otras muchas ocasiones aplicarse á un país donde la imaginación mas fecunda y brillante ya se fije en el terreno, ya en la historia, se encuentra siempre vencida por la realidad.

Los artistas ingleses, esos grandes fabricantes de viñetas fantásticas, no han podido inventar nada mas romántico, nada mas extraño, nada mas mágico que la naturaleza misma.

Habiendo salido de Londres en el paquebote *The City of Edinburg* he llegado á esta ciudad empleando 46 horas en la travesía. Era en la hermosa tarde del domingo último, la mar estaba en calma, y el sol al ponerse brillaba con purpurina luz. Edimburgo medio perdida



Edimburgo.

entonces entre los vapores de la tarde, se dibujaba á nuestra vista mas distintamente á medida que nos aproximabamos á la bahía. A la izquierda, semejante á un leon acostado veiamos la montaña de *Arthur-seat* (sitio de Arturo); á la derecha la colina de *Calton-Hill* con sus agujas y columnas se destacaba sobre el fondo gris, y en el centro, por encima de los tejados de la ciudad, el castillo de Edimburgo se elevaba como una corona rota sobre esta poblacion que me recordaba á Atenas, sirviéndola de Pireo el puerto de *Leith*. Las azuladas cumbres de los montes *Grampinos* y del *Fife-shire* que se enclavan en el horizonte, formaban el complemento de este magnífico cuadro.

Por lo demás por cualquier lado que se llegue á Edimburgo es imposible no admirar su hermosura, lo pintoresco y elevado de la escena que se desenvuelve ante

los ojos, y en la cual parece que la naturaleza ha querido apurar todo lo que puede embellecer á una gran ciudad: montañas, valles, bosques, prados tapizados de verde, lagos como espejos, y para rematar tantas bellas cosas el mar... especie de cinturón oscuro con franjas de plata.

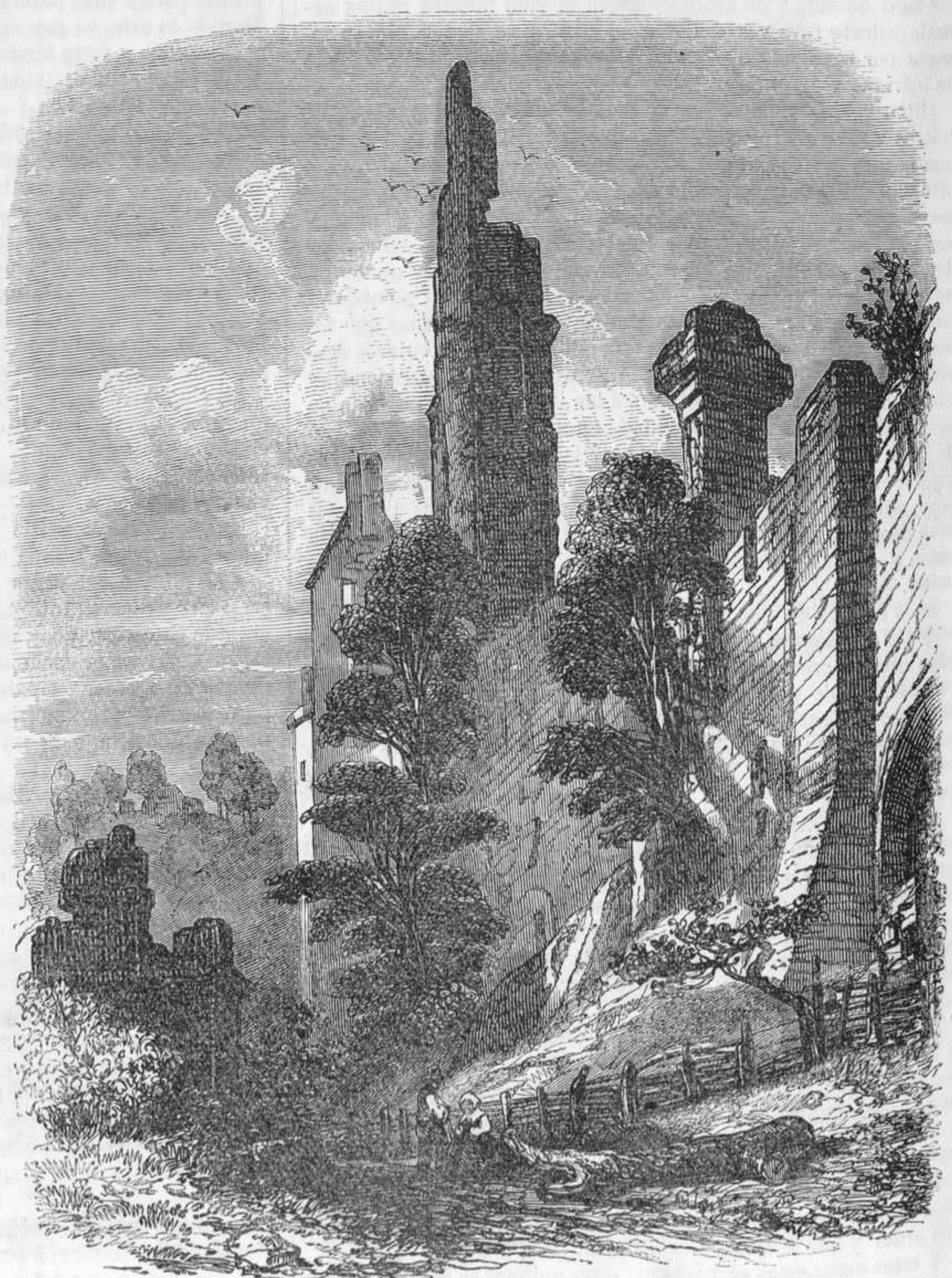
No vayan ustedes á creer que siguiendo el ejemplo de los viajeros que quieren dar demasiada importancia á las cosas que han visto, tal vez porque les faltan términos de comparacion, me deje yo arrebatar demasiado lejos por el entusiasmo al hacer una pintura de Edimburgo. Yo he visitado casi todas las capitales de Europa, y las mas pintorescas de sus ciudades. He visto á Nápoles en el fondo de su bahía del color del cielo. Génova apoyada sobre su preciosa cornisa; Palermo, dormida al pié del Etna; Atenas en medio de sus gigantescas

ruinas; Esmirna rodeada de flores... ¿qué mas diré? Cádiz y Venecia, esas dos reinas de los mares ya destronadas pero no por eso ménos encantadoras que en su tiempo de prosperidad, y sin embargo todas estas ciudades, exceptuando á Constantinopla cuya vista no tiene rival en el mundo; son inferiores á la capital de Escocia en lo pintoresco del conjunto lo mismo que en lo maravilloso de los detalles. Añadan ustedes á esto los recuerdos históricos mas variados, las leyendas mas fabulosas, un perfume de vieja poesia y de nacionalidad preciosamente conservado por los habitantes, cuyos gloriosos antepasados no pudieron ser sometidos por los romanos ni por los ingleses, y se formarán una idea de la capital de Caledonia, de la moderna Atenas, como en su admiracion por ella la llaman sus hijos.

Edimburgo que cuenta cuando mas 150,000 habitan-



Capilla de Holyrood.



Castillo de Roslin.

tes, es inferior en poblacion y en importancia comercial á Glasgow, la ciudad manufacturera, la tercera ciudad de los tres reinos unidos. Las líneas de ferro-carril de Perth, de Dundee, de Glasgow y del *Nord british railway*, esas grandes arterias que hacen circular, tan rápidamente como la sangre del corazon á las extremidades del cuerpo, el movimiento y la vida en un pueblo, han aumentado mucho de algun tiempo á esta parte el comercio de Edimburgo.

Sin embargo es muy poco lo que tengo que decir á ustedes acerca de la ciudad moderna, parecida á todas las que conocemos: grande, limpia y regular, se la tomara por un cuartel de Londres, con sus *squares* de verdura, sus calles bordadas de verjas y sus casas cuadradas. En las mas notables encrucijadas se levantan pedestales de bronce que los habitantes distinguen con los nombres de Jorje IV, Pitt, etc.; en una palabra, nada para los recuerdos, nada ante los ojos de un artista.

Pero ¡qué contraste! Si desde *Princess-street*, larga y hermosa calle, se tiende una mirada al otro lado de la ciudad, la impresion que se experimenta es igual á la que produce la vista de los grandes cuadros de Rafael despues de haber dado un paseo por la exposicion de las modernas pinturas. Todo cambia aquí. Se ve el capricho en las líneas y la belleza en el colorido presentando un admirable conjunto.

Lo repito, no conozco en Europa una perspectiva tan admirable sino es la de Constantinopla. Voy pues á ver si me es posible hacer un diseño.

En primer lugar, así como una aguja de encaje de una antigua basílica que surgiese de la tierra, se eleva el monumento de Walter Scott, moderna maravilla del arte gótico; á través de sus ojivas y tréboles véense dibujarse en el cielo la imponente mole del castillo, y despues como una larga galería aérea que desciende de derecha á izquierda los caballetes de las casas antiguas escalonados, las torrecillas, las veletas, las infinitas chimeneas de distintas formas y colores, todo esto elevándose al cielo, y de distancia en distancia resaltan las agujas góticas de las iglesias cortando esta larga línea que termina á un lado del cuadro por las torres puntia-

gudas y la arquitectura regular del sombrío palacio de Holyrood. Las hermosas líneas de la montaña de *Arthur-seat* y de *Salisbury-craigs* forman los últimos planos. Ahora para completar esta mágica pintura, vean ustedes á la caída del sol que se oculta entre una nube de oro, en esa hora en que el cielo parece verde en el horizonte, y rosa en el cenit, aparecer la luz artificial en las calles y en las ventanas.

Durante todos mis viajes solo recuerdo una noche en Constantinopla que me haya impresionado tanto.

La vieja ciudad está edificada sobre una colina y atravesada de Este á Oeste por High-street que empieza en

las ruinas del pasado. El edificio mas curioso sin duda de la Canongata es el *Burgh-Jail*, prision del castillo cuyo destino no ha cambiado. Fué construido bajo el reinado de Jacobo VI, y á la puerta de entrada se lee:

Patric et posteris, 1591.

Mas arriba, bajo las armas é inscripcion de la Canongata: *sic itur ad astra*, dice:

Justitia et pietas, valida sunt principis arces.

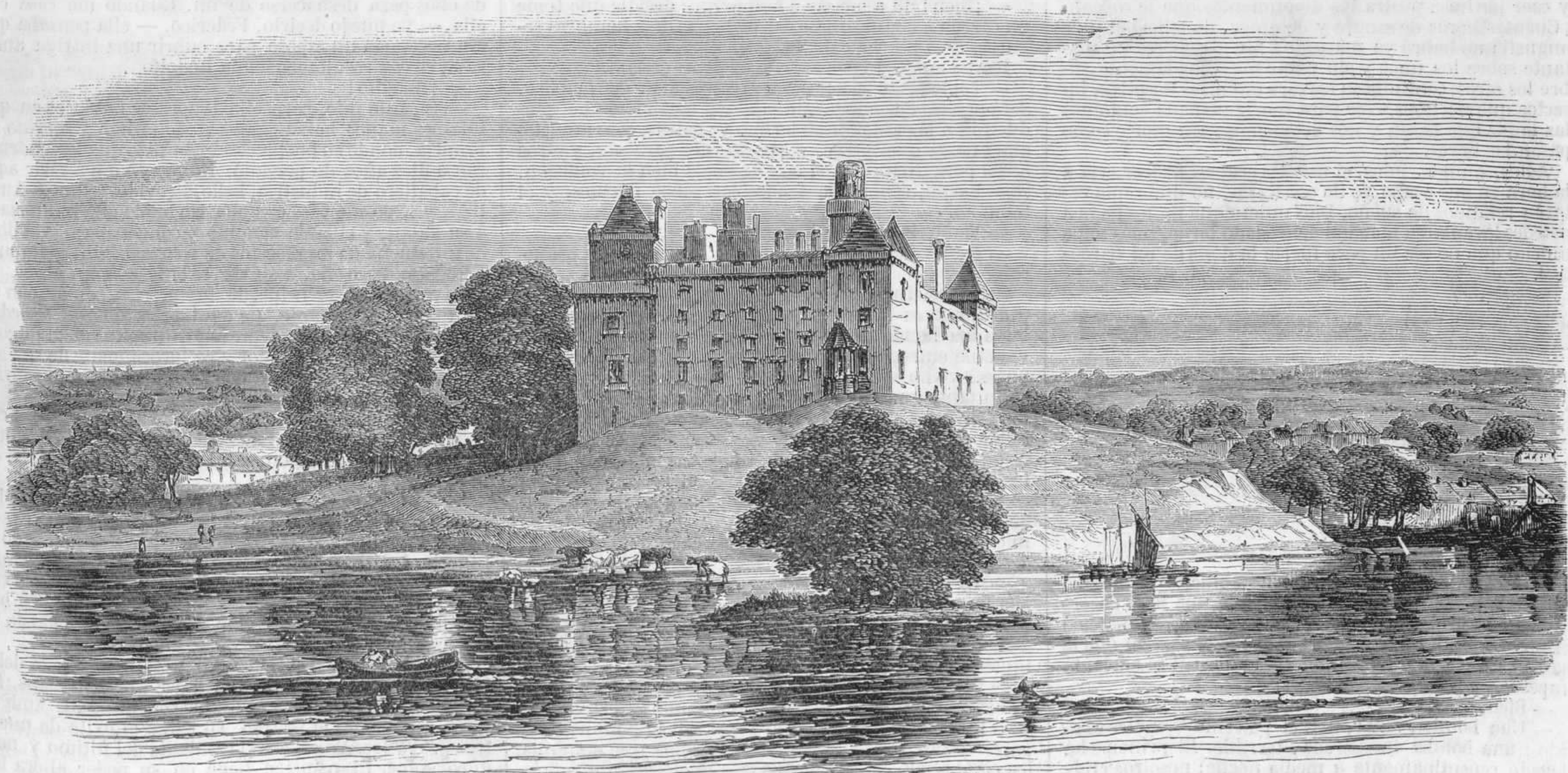


Las lavanderas escocesas.

el Castillo, y termina en el palacio de Holyrood. A los lados de esta gran calle salen multitud de callejuelas, de modo que la ciudad á vista de pájaro debe parecer un inmenso pez que tiene por cabeza el castillo, por cola Holyrood y por columna vertebral High-street, de las cuales los callejones y patios son las esquinas.

Nada hay mas pintoresco que el aspecto de esta calle, espléndida morada en otro tiempo de los primeros varones de la Escocia, los generales y embajadores de Francia, mientras hoy se ve habitada por una poblacion miserable. Desde estos altos balcones de piedra, desde estas ventanas cuajadas de armas de la antigua nobleza, donde algun dia se asomaban las bellas hijas de la Caledonia al pasar el cortejo de las reales cabalgatas ó para ver caminar á la muerte alguna víctima en los tiempos de turbulencia, como sucedió entre otros al valiente Montrose, hoy apenas veréis salir algunos trapos, aunque no dejan de ostentar su proverbial hermosura las jóvenes escocesas, porque la belleza femenil es una de las cosas que no siguen el rumbo caprichoso de la fortuna. Yo he visto una corona ducal con sus perlas y sus hojas sobre la cabeza desaliñada de una frutera. ¡Vandad de las vanidades!

A la entrada de la Canongata, bajando por High-street y en medio de un monton de ruinas se ve aun la casa de Jhon Knox, ese fogoso reformador cuya voz como las trompetas de los hebreos ante los muros de Jericó ha hecho demoler é incendiar tantas iglesias y monasterios. Hoy su casa amenaza ocultarse entre



Castillo de Linlithgow.

Sobre todo la calle de High ó sea High-street debe verse el sábado de nueve á doce de la noche. Ya saben ustedes que en toda la Inglaterra y particularmente en Escocia, cada familia debe hacer provision para el domingo, día consagrado á la oracion y al reposo y en el cual no se ve ninguna tienda abierta. Así, el sábado por la noche High street se transforma en mercado; las aceras en todo lo largo de la calle están llenas de tiendas ambulantes entre las cuales circula la muchedumbre gritando, jurando, cantando y comprando lo necesario para el día siguiente.

Mas abajo de la Canongata, la parte mas triste y solitaria de la poblacion, y entre una multitud de miserables chozas se eleva la antigua residencia de los reyes de Escocia, el palacio Holyrood, edificio cuadrangular, triste y sombrío como sus recuerdos, con su puerta adornada por cuatro torres sobre la cual están las armas de Escocia con esta inscripcion:

Nemo me impune lacesset.

Mas abajo se divisan las casacas encarnadas de los soldados que guardan la entrada de este palacio desierto. A la izquierda se hallan las ruinas de la capilla, panteon de las testas coronadas y de las principales familias del país; ruinas humanas entre ruinas de piedra; monarcas sin vasallos en un templo sin altar!... La yedra, ese signo viviente del olvido, cubre cada día mas tus antiguas tumbas y murallas.

Desde las últimas guerras de la Union hasta 1745, Holyrood se encontró desierto sin que huésped alguno viniese á interrumpir su soledad haciendo un paréntesis en los recuerdos que guarda religiosamente. En 1793, por la vez primera se abrieron sus puertas para dar asilo á un príncipe francés refugiado allí; este príncipe que era el conde de Artois, permaneció en este castillo hasta 1799, y en 1831, el mismo príncipe que llegó á ser Carlos X, entró de nuevo en Holyrood como rey desterrado y proscrito.

¡Dios solo es grande, hermanos míos!... como desde el púlpito exclamaba Bossuet, este elocuente panegirista de las humanas grandezas.

¡Venid aun á ver en este mismo palacio lo que queda de un gran reino, la hermosa y desgraciada María Stuart... Una vieja cama de damasco encarnado, algunos muebles carcomidos, un pobre retrato y luego la lanza, la coraza y las pesadas botas del marido de la reina, lord Darnley, esta otra víctima de aquellos tiempos de sangrienta barbarie! ¡Esto es lo que queda de tanta grandeza, de tanta hermosura y de tanto poderío!

Cerca de la puerta de la cámara de la reina se muestra todavía una mancha de sangre; es la del pobre Rizzio, aquel buen trovador italiano á quien sus enemigos dieron de puñaladas delante de la misma reina y cuyo cadáver fué sepultado al día siguiente en la capilla real donde subsiste su sepulcro.

El resto del palacio no ofrece sino muy escaso interés. En la sala llamada del Trono hay un magnífico retrato de Jorge IV, obra que este rey mandó hacer á sir David Wilkie para perpetuar el recuerdo de su paso á Edimburgo en 1822.

Iba á olvidarme de un gran cuadrante solar esculturado con gusto, que la reina María trajo de Francia é hizo colocar en el jardín detrás de la capilla donde se conserva todavía. Lo mismo que entonces hace pasear por su círculo de mármol la sombra lenta y regular; él verá pasar las generaciones efímeras de los hombres, y caer piedra á piedra los monumentos que le rodean. ¡Cuántas horas de sangre y de amor, de felicidad y de angustia no habrá ya marcado! Sin detenerse un instante sobre los unos y sin pasar mas rápidamente sobre los otros, continúa su carrera mientras nosotros, insectos que nacimos ayer para morir mañana contamos las horas que pasan y nos detenemos para morir como pasan las horas.

Adios, amigos míos, si ustedes acaban de leer esta á la hora en que acabo yo de escribirla, no dudo que estarán rendidos de sueño. Dios quiera que no les haga á ustedes levantarse mañana demasiado tarde, pues temo mucho que no sea un poco fuerte la dosis de mi narcótico.

M. B.

LOS TALISMANES.

(Conclusion.)

XI.

Grossenstein, encerrado en su gabinete, se agitaba con inexplicable inquietud, y parecía una fiera encerrada en su jaula. Por fin se abrió la puerta, y apareció Franz. La figura descompuesta del paje pareció que le habia causado una impresión agradable: él se adelantó impetuosamente.

— Bien, ¿qué hay?

— Una bomba, señor, dijo el pajecillo con aire abatido: una bomba inesperada, terrible. El príncipe ha llegado repentinamente á media noche; nosotros creímos que estaba muy lejos, simplemente ocupado en cazar el ciervo de los bosques. Y ¡bum! entra sin decir

oste ni moste en el tocador, ¡y nos sorprende en los brazos de M. de Neuberg!

— ¡Bueno! exclamó Grossenstein con un movimiento de alegría.

— ¡Cómo, bueno! respondió Franz bastante sorprendido, y dejándose ir casi hasta la familiaridad, arrastrado por la admiracion. El hecho no le ha parecido bueno á S. A., porque nos ha echado fuera, nos ha empujado en un carruaje, nos ha conducido á Rosenheim donde, encerrados con mucho cuidado, tendremos tiempo para rumiar las dulzuras de nuestra última cita.

— ¡A Rosenheim! vamos... es indulgente. La residencia es muy agradable. Peor podia haber sucedido... — ¿Y el Adónis, el hermoso Federico?

— ¡Oh! con respecto á él, es cosa fabulosa. Ciertamente, eso sobrepasa á todo cuanto ha podido ser oído, visto, y aun oído decir.

— ¿Pues?

— ¿Pues? S. A. se ha echado en sus brazos, lo ha llamado su amigo, su querido amigo... el amigo de la casa, ¡diantre! ya se sabe... Y como el joven, demasiado conmovido, se ha sentido indispuerto, yo he temido que el príncipe iba á desmayarse con él. S. A. ha gritado, todos han acudido y han traído esencias, vinagres. En fin, gracias á Dios, el niño ha abierto los ojos; la patria se habia salvado, y el príncipe se ha retirado muy contento.

El baron escuchó la historia con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, sumergido en una increíble estupefaccion.

— Franz, gritó por fin con un temblor nervioso y balbuceando, ¿estás loco?

— No ciertamente, repuso el paje, pero no será extraño que me vuelva, señor, porque esta parece la enfermedad de la casa.

— Vamos, responde... ¿M. de Neuberg?

— M. de Neuberg ha sido felicitado, ha sido abrazado por S. A. Ha vuelto á subir á su carruaje, y en este momento está en su casa.

Grossenstein dejó oír una especie de mugido ahogado, dió un salto, y se dejó caer en su sillón. En seguida se levantó:

— ¡Es imposible! dijo.

— No, pero sí, increíble, replicó Franz con sangre fría, y sin embargo así es. Yo lo he visto y lo he oído, todos lo hemos visto y oído. Yo no tengo mas que decir una palabra para descifrar este enigma. Ese mozo es brujo, y tiene en el bolsillo un talisman con el que hace creer al príncipe todo cuanto se le antoja...

Grossenstein tenia la cabeza escondida entre sus dos manos.

— ¡Libre del peligro! murmuraba; se acabó. Ahora no hay nada que pueda contenerlo. ¡Todo lo destruye, todo lo vence! Ayer á Rodolfo, hoy á Amalia. Mañana... ¡Ah, si aguardo á mañana, soy perdido. Pero ¿qué puedo hacer? ¿alargarlo? ponerle una particion?... ¿de qué? Él es dueño de todo; y se reirá de mis ofertas... Bien, puesto que ha entablado la partida, juguemos, doblemos siempre como él... ¡y allá va el resto!

Levantó la cabeza.

— ¿Estais seguro de que ha vuelto á su posada M. de Neuberg?

— Sí, señor, como lo estoy de mí mismo, aunque no sé bien si existo, atendido el carácter fantástico de todo lo que he presenciado.

Grossenstein se sentó, y se puso á escribir algunas líneas.

— ¡Bien! id á buscar á Neipperg... decidle que tome un carruaje con la librea del príncipe, diez hombres seguros, de á pié y á caballo.

Paróse aquí, y puso el sello al papel escrito.

— Tomad esta orden para arrestar á M. de Neuberg. Será preciso ejecutarla sin ruido ni escándalo. Lo conduciréis á la casa de Neudorff... ya sabéis, y se le custodiará hasta que llegue. 5,000 florines para vos, y otros 5,000 para Neipperg, si desempeñais bien la comision.

— Bueno, señor, yo tendré los 5,000 florines, y él tambien.

— Vendréis con la respuesta.

— Está Vd. tranquilo, señor. Y Franz salió presuroso.

Grossenstein se puso á reflexionar: — Esto es, murmuró, esta es la tabla de salvacion. Una vez que me haya apoderado de él, será preciso que para rescatar su vida me entregue todo lo que tiene contra mí... y despues... yo no temeré lo pasado... y... veremos.

En tanto que Grossenstein revolvió en su cabeza estos proyectos siniestros, Federico, de vuelta en su casa, habia cedido á la fatiga de tantas emociones, y se entregó algunos instantes al descanso. Al amanecer abrió los ojos, y vió junto á su cama... al desconocido, tal como lo habia visto por la vez primera en la taberna. Se estremeció vivamente, y se incorporó con un movimiento de sorpresa, que no estaba exento de terror. El desconocido se sonrió y dijo:

— Tú me conoces, Federico, y veo que no aguardabas de ningún modo mi visita... Pero suprimo todo preámbulo. Los momentos son preciosos. El príncipe va á mandarte llamar probablemente, y tengo que darte muchas explicaciones.

— Yo os las hubiera pedido, dijo precipitadamente Federico. Los acontecimientos en que me veo envuelto, y en los cuales represento un papel tan importante, me parecen tan sorprendentes, los medios que empleais los comprendo tan poco, que esta misteriosa influencia me...

— Bien, escucha; y esta misteriosa influencia te pa-

recerá muy justificada. Tú sabrás por de pronto que yo me llamo el conde... de Rosenheim.

— ¡Rosenheim! exclamó Federico.

— Sí, repuso el desconocido sonriendo; yo soy el hermano mayor de Rosenheim, y el tío de Constanza. Ahora comprendes porqué ha sido fácil introducirte en la casa, en virtud del talisman concertado entre los dos.

— ¡Oh, señor! interrumpió Federico con efusion presentándole ambas manos. ¿Y cómo he podido yo merecer?...

— Vas á saberlo, repuso Rosenheim enternecido. Tú vas á saber porque has venido á ser mi hijo adoptivo, y aquel en quien yo he depositado ahora todas mis afecciones y esperanzas.

Hace cerca de veinticuatro años que yo era joven, que poseia un buen nombre y una hermosa fortuna como hijo primogénito de la familia de los Rosenheim. Entonces conocí á tu madre, que se llamaba á la sazón Sofia Ralph... y la amé apasionadamente. Ella tambien me amó... á lo ménos lo creí, y formé el proyecto de casarme con ella. Pero tu madre, bella, de talento, graciosa, no tenia fortuna ni nobleza. Mi pasion contrariaba las ideas de mi familia, que puso en juego toda clase de medios para separarme de Sofia, las intrigas, los embustes, la calumnia, y desgraciadamente triunfaron. Sofia se casó con el baron de Neuberg, y yo me casé... ¡con Amalia de Zelt!

— ¡Amalia! exclamó Federico.

— El anillo que te he entregado sirvió para esta union, repuso Rosenheim con tono sombrío. Amalia era muy joven, muy rica y extraordinariamente hermosa. Era un matrimonio muy ventajoso para mí... así á lo ménos lo creia mi familia.

Pero nuestra union dejó de ser feliz desde el principio. Yo no amaba á Amalia, y Amalia no me amaba á mí. Hasta mucho despues no supe los motivos que habian precipitado su consentimiento. Aburrido interiormente, procuré distraerme por otro lado. Metime en la política. Soñé en la emancipacion de la Alemania; hubo proyectos, reuniones... Grossenstein adoptó mis ideas con ardor.

— ¡Grossenstein!

— El mismo. Para evitar la vigilancia de la policia, habiamos adoptado una divisa comun: la mia, *Mens conscia recti*, que corresponden á las tres iniciales de mi nombre, Mauricio Carlos Rosenheim. Nuestros planes estaban definitivamente arreglados, cuando una mañana fui sorprendido en la cama y encarcelado. Logré escaparme, pero el proceso seguia rápidamente su curso. Fui condenado á muerte, y ejecutado en efígie. Yo me habia refugiado en Inglaterra, y de allí pasé á América.

— Pero... ¿y Grossenstein?

— Mas tarde supe que habia entrado en el complot con diferentes intenciones que nosotros. El era buena mente el ángel malo del hermano segundo del príncipe actual, que quiso destronar á su padre y desheredar á su hermano... En medio de estos proyectos murió el príncipe de una indigestion... Grossenstein aterrado, temiendo ser descubierto, tomó la delantera. Los republicanos fueron derrotados, y él fué nombrado ministro de un príncipe, á quien quiso destronar como idiota.

— ¡Malvado! dijo Federico.

— No era él solo el traidor! continuó Rosenheim con voz alterada; Amalia tenia la mitad de la culpa. A pesar de nuestra reciproca frialdad, Amalia habia adivinado, habia averiguado nuestros planes, y se aprovechó de ellos para deshacerse de mí. Cuando me casé con ella, — yo puedo decirlo, Federico, — ella pensaba que era necesario un esposo para cubrir una intriga amorosa, cuyos resultados temia Rodolfo...

— ¡Rodolfo!

— Sí, hijo mio, pero ella ignoraba entonces en qué infames manos habia caido. Rodolfo habia servido en Francia, donde su buena conducta hizo que lo condenaran á diez años de presidio. Huyó, y vino á vivir aquí de caballero de industria. Bello, atrevido, sedujo á Amalia... y... yo me casé con ella. No habia ella renunciado á su galan, y cuando vendido y condenado se vió libre de mí, dueña de los secretos de Grossenstein, le impuso á Rodolfo. Pero ella, á su vez, se entregó á un señor.

Favorita del príncipe, le fué preciso contar con su cómplice y su amante. De aquí procedió esta sociedad malévolá, este tereteo depravado, que explotaba de continuo el gobierno. Sabedores reciprocamente de sus secretos, no pudiendo descubrirlos sin perderse, prefirieron entenderse, como lo han hecho.

Obligado á huir para no entregar al verdugo mi cabeza, supe poco á poco en el destierro los sucesos posteriores á mi condenacion, y los secretos que te acabo de revelar.

No renuncié á vengarme. En Francia me procuré los papeles concernientes á Rodolfo; yo habia conservado los de la trama de Grossenstein. Pero sentenciado á muerte, fugitivo, ¿cómo podia luchar contra tan formidable coalicion? Pensé en tí, Federico. Yo te queria como al hijo único de Sofia, de mi amada Sofia... Tú has justificado despues la opinion que habia formado de tu inteligencia y valor.

Resolví guardar el incógnito para evitar toda delacion, y para poder combinar todos nuestros pasos. Mi hermano, Liebmann y Mulberger, antiguos amigos míos, estaban en el secreto. Tú sabes el éxito de nuestros proyectos. Yo esperé el resultado del último y mas duro golpe. El príncipe tiene en su poder ahora las pruebas de la traicion de Grossenstein. Yo las habia reservado para la postrera eventualidad; y la vuelta

inesperada del príncipe cuando tú estabas con Amalia en palacio, me ha hecho apresurar la entrega. Sin duda va á hablarte de esto... El príncipe tiene en tí una confianza ilimitada. Logra la condenación de Grossenstein, y el descanso en mi patria para mis ancianos días junto á tí.

Al concluir, Rosenheim tendió los brazos á Federico, que se lanzó á ellos con transporte. — En este momento entró Liebmann presuroso.

— M. de Neuberg, dijo este, en la puerta hay un carruaje con la librea del príncipe. Vienen á buscar á Vd. para un negocio urgente. Un paje quería subir á decirlo, pero yo lo he detenido para prevenir á Vd.

— Adios, Federico, dijo Rosenheim, este es el último trance. Ahora ya estás enterado. Siento que no hayas podido leer los papeles... Pero ya conoces el asunto para orientar al príncipe; vé... ¡y que el cielo te guie!... ¡Adios!

Y desapareció con Liebmann. Un momento despues entraba Franz.

— Perdonad si os vengo á molestar tan temprano, dijo el paje; pero tengo orden de apresurar vuestra partida cuanto sea posible. Se trata de un asunto del mayor interés, y parece que vuestra presencia es indispensable.

— Dispuesto estoy á seguirlos, contestó Federico. — Pero, añadió examinando á Franz, ¿no estabais al servicio de la margrave de Zeff?

— ¡Uf! pensó el paje. ¡Diantre de hombre! ¡qué memoria! — ¿Al servicio de la margrave de Zeff? replicó con tono de sorpresa. Perdonad... yo soy paje... M. de Neuberg no conoce quizá el servicio interior de palacio; por consiguiente, yo no estoy al servicio de nadie. Yo hago mi servicio de semana por turno.

— ¡Ah, bueno! dijo Federico, partamos; ya estoy preparado.

— Tened la bondad de pasar, señor; el carruaje se ha quedado á la puerta principal; la etiqueta no permite que entren los carruajes del príncipe en el patio de una casa particular.

— Está bien. — ¡Alfredo! dadme la espada; tomad vuestro baston, y montad en la trasera del carruaje.

— ¡Ah! pensó Franz. — Perdonad; el uso no permite mas que la librea del príncipe...

— Poco me importa. Tengo mis razones, replicó Federico con altivez.

Franz no respondió y bajó con Federico y Alfredo. Al encontrar algunos criados con librea que estaban al pié de la escalera, les hizo un signo de inteligencia, y tomó una luz para alumbrar el paso hasta el coche.

— M. de Neuberg, dijo en voz alta, exige que su criado monte en la trasera del carruaje.

— ¡Está bien! dijo el lacayo, se le hará lugar.

Federico llegó junto al coche. Dos criados abrieron la portezuela, bajaron el estribo, y se descubrieron; pero en el momento en que se disponía á subir, retrocedió:

— ¿Qué es esto? dijo; ¿quién está dentro del carruaje?

Apénas había pronunciado estas palabras, cuando cada uno de los criados lo cogió de un brazo, en tanto que un tercero se apoderó de su espada. En el mismo instante era desarmado Alfredo.

— ¡M. de Neuberg! dijo Neipperger adelantándose; ¡preso en nombre del príncipe!

— ¡Yo! exclamó Federico; ¡esto es una traición!

Pero en seguida fué agarrado y metido en el coche, que partió al galope.

XII.

— ¡Y bien! dijo Grossenstein pálido y temblando como si tuviera una terciana.

— Está hecho, contestó Franz, aunque no sin pena; porque ese hombre es prudente y sagaz como un demonio. Pero al fin lo he rodeado, y ha sido arrebatado.

— ¡Ah! dijo Grossenstein respirando con desahogo; ahora veremos... y...

En este momento se abrió la puerta del gabinete, y Loupestein entró. Grossenstein hizo un gesto de despecho, y en seguida se adelantó hácia el secretario intimo con aire afable.

— ¡Ah, sois vos, Loupestein! ¿A qué debo el honor de esta visita?

— Un encargo penoso, señor baron. Tengo orden de arrestaros... y vengo á ejecutarla; tened la bondad de seguirme...

— ¡Arrestarme!

Y Grossenstein retrocedió dos pasos; sus piernas flaquearon, y se vió precisado á sentarse.

— M. de Neuberg ha entregado al príncipe documentos que os acusan de alta traición. Tengo orden para no dejaros un instante, para sellar vuestros papeles, y cerrar vuestro gabinete. Voy á proceder á ello en vuestra presencia. Con arreglo á la voluntad del príncipe, he arrestado también á vuestro secretario Bernell. S. A. ha interrogado á Rodolfo, y probablemente sufriréis esta noche un careo con él... Voy á poner el sello del príncipe en este escritorio...

Al mismo tiempo entraron centinelas en el gabinete, y se instalaron en él. Los sellos fueron puestos instantáneamente.

— Ahora, señor baron, dijo Loupestein, salgamos.

Grossenstein se levantó lívido y vacilante. Al salir fué preciso sostenerlo.

— ¡Caramba! dijo Franz cuando se vió en el vestíbulo: esto me parece que se echa á perder. ¡Diantre! allá va el ministro por tierra... La orden que yo he eje-

cutado esta mañana podría indigestármese, y que de un momento á otro no estuviera tan segura mi cabeza como podría yo desear...

— ¡Preciso es pensar en ello, amigo Franz! Siguió á M. de Loupestein, y cuando todo se halló terminado en casa de M. de Grossenstein, se acercó á él.

— Señor, le dijo, tengo que hacer os una revelación.

— ¿Cuál?

— Esta mañana me ha entregado M. de Grossenstein esta orden de prision en nombre de S. A., con encargo de ejecutarla inmediatamente. He obedecido por de pronto, como no podía ménos, pero creo de mi deber ponerlo en vuestro conocimiento.

— ¡M de Neuberg! exclamó Loupestein leyendo la orden. ¡Ah, voto á...! Has hecho bien en decírmelo, muchacho, porque de otro modo corrias riesgo.

— Pronto, pronto, corramos á sacarlo de la prision: ¡buen Dios, si lo supiera el príncipe!

El príncipe lo sabia ya. Alfredo, libre de los satélites de Grossenstein, habia llevado la noticia del rapto de Federico á casa de M. de Rosenheim, y sin perder momento, los dos Rosenheim habian ido á echarse á los piés del príncipe para pedirle justicia.

— ¡M. de Neuberg arrestado, arrebatado de su casa! gritó el príncipe exasperado terriblemente; ¡infame Grossenstein! ¡Qué le digan inmediatamente á ese miserable que si en una hora no se halla en mi gabinete M. de Neuberg, en otra lo hago decapitar.

Pero en este instante entró Loupestein.

— Señor, dijo con alegría, tranquilizaos.

— ¡Aquí está M. de Neuberg!

— ¡Ah, alabado sea Dios! exclamó el príncipe tendiéndole los brazos. ¡Venid, amigo mio, venid! De ese modo, el último servicio que me habeis prestado descubriéndome á ese infame ha estado para costaros la vida. Pero al fin, estais aquí. — Y ahora estad seguro de que no nos volveremos á separar.

El príncipe cumplió su palabra. Federico fué instalado en palacio... y pocos días despues, Constanza de Rosenheim vino á habitarlo como baronesa de Neuberg.

— Vos me habeis dado otro talisman, amigo mio, dijo un día Federico á su desconocido, convertido en tio y padre adoptivo suyo, el talisman de la felicidad.

— Tú lo tenias contigo mismo, contestó Rosenheim, y tú mismo lo dijiste en la taberna. La virtud de los que yo te he dado estaba en la historia de nuestros enemigos, y ellos se podian traducir con una sola palabra:

¡LA CONCIENCIA!

Los esquimales.

The Literary Gazette publica detalles interesantes acerca de un viaje efectuado á los mares polares por el *Elisabeth*, fletado por lady Franklin, y mandado por el capitán Inglefield. Este buque de 149 toneladas, con una máquina de 16 caballos, tenia una tripulación compuesta de dos contra-maestres y un patron, de un ingeniero, de dos carpinteros, un cocinero, de ocho marineros, del comandante y del cirujano Sutherland, ya conocido por sus viajes árticos.

Hé aquí los principales pasajes de la narración del capitán:

«Nuestro buquecillo no nos ofrecia grandes comodidades; mi camarote tenia 6 piés cuadrados y recibia la luz por una especie de agujero que daba á la popa del puente; mi lecho estaba á 4 piés debajo de cubierta, y era necesario estar muy acostumbrado á la vida marítima para llegar á él sano y salvo, sin tropezar en todos los ángulos necesarios á la construcción del buque; una mesita de 2 piés sobre dos y medio, completaban los muebles de mi camarote. El del ingeniero, del cirujano y del patron estaban arrimados á la caldera, lo cual les daba á menudo un calor de 100 grados de Fahrenheit. Nuestros marineros estaban colocados del mejor modo posible; nuestro cargamento y nuestras provisiones estaban bien acondicionadas en el entrepuente.

» Un día fuí con el médico á visitar un establecimiento danés. El gobernador nos recibió muy bien; en pocos instantes nos sirvieron salmones, venado y legumbres muy frescas, sorprendiéndonos el hallarlas á los 63° grados de latitud. El único comercio de aquel país es el del bacalao, que envía en mucha cantidad á Dinamarca.

» Allí adquirí curiosos detalles sobre la manera de vivir de aquellos pueblos: se sirven de canoas muy pequeñas para la pesca ordinaria, pero cuando quieren atacar á las ballenas, se embarcan en un barco mayor llamado el «buque femenino», porque solo en aquel pueden viajar las mujeres.

» Algunas cabras surten de leche á la familia del gobernador, y un jardinito defendido del frío, ofrece buenas legumbres. Su señora nos envió á bordo, leche, salmones y bacalao. Su casa es muy cómoda, tiene dos pisos, y todo cuanto puede dulcificar la vida en aquellos tristes climas.

» Al día siguiente, que era un domingo, tuve curiosidad de asistir á las funciones religiosas de los Esquimales; para ello fuí á una habitación baja y espaciosas, cuyos muros estaban blanqueados. Apénas se reunieron entonaron con mucho compás un himno sagrado, al cual siguió la lectura en su idioma de un capítulo de la Biblia. Despues echó uno de ellos un sermón que no com-

prendí, pero el orador lo decia con tanto fuego, que se tuvo que parar para enjugarse las gotas de sudor que le corrían por la frente. Los esquimales entonaron un nuevo himno, y se separaron con mucho recogimiento.»

El autor refiere luego un encuentro que tuvo mas al Norte, cerca de los hielos de Petowak, con una banda de esquimales ménos civilizados, que parecia que veian europeos por la primera vez:

«Al llegar cerca de una bahía pequeña, ví una banda de indígenas que nos contemplaban con muestras visibles de temor, y se preparaban á huir. Yo hice cuanto pude por tranquilizarlos, gritándoles las pocas palabras que sabia de su idioma, y colocándome las manos en la cabeza para dar á entender que me hallaba sin armas. Habiendo saltado en tierra, les di la mano, y les hice presentes para sus mujeres. Apénas se calmaron, prorrumpieron en risotadas y vinieron á examinar nuestro buque, y á tocar nuestros vestidos. Yo procuraba conocer la posición de Omenack; una mujer anciana, que me comprendió sin duda, trazó con una piedra en la nieve el dibujo de la costa, y me señaló un punto con el dedo. No pude decidir á ninguno á que me acompañara. Están vestidos de pieles de oso, zorra, renjiferos y focas, y parecen muy sanos y muy robustos. No les ví nada que fuese europeo; mas parecen cazadores que pescadores. Al separarme de ellos les dí un pañuelo que tenia impreso el retrato de la reina, que les excitó en sumo grado su admiración.»

No seguiremos al capitán Inglefield en todos los detalles que da acerca de la parte científica de su expedición, y los descubrimientos que ha hecho. El *Elisabeth* ha ido mas allá de los límites conocidos, y su crucero ha dado nuevo vuelo á la ciencia, y ha prestado grandes servicios á los atrevidos navegantes que surquen aquellos mares en lo sucesivo. Vamos á contar la tercera anécdota sobre los esquimales. El *Elisabeth* habia vuelto á Buchy-Island, y habia entregado sus papeles al comandante de la estación de los mares Polares. Hé aquí lo que cuenta el capitán Inglefield de lo que ha visto, al volver á Inglaterra.

«Yo recibí un mensaje del gobernador, que me anunciaba que en honor del cumpleaños del rey de Dinamarca, los esquimales debian dar un baile en el edificio del gobierno. A las seis me dirigí al baile y ví el salon lleno de indígenas. Yo habia llevado botellas de ponche, é hice que lo sirvieran á los Esquimales, á quienes les gustó mucho, y los animó. En el momento de comenzar la función, hice una señal, mis hombres hicieron fuego, mis cañones contestaron, y desde el puente del buque se dispararon cohetes, carretillas y otros fuegos artificiales. Los indígenas se quedaron al principio absortos, pero viendo que no habian recibido ningun daño, dieron gritos de alegría viendo las llamas azules, rojas, y de todos colores. El baile comenzó en seguida. Yo tomé parte en él. Consistia este en una especie de cadena perpetua de señoras. El ritmo se anima mas y mas, y es necesario entregarse á movimientos muy precipitados para conservar el compás. Este trabajo es excesivamente fatigoso, tanto mas, cuanto que los esquimales creyendo imposible tener demasiado calor, habian cerrado herméticamente puertas y ventanas, habian hecho lumbre y encendido muchas luces. El calor era sofocante. Despues que descansé, probé su vals, que se parece mucho al nuestro: mis marineros tomaron parte en la función y fueron muy aplaudidos. Despues del baile, los esquimales cantaron canciones del país, y luego el himno de Dinamarca. Durante la fiesta reinó el mayor decoro entre aquellas gentes, que se suponen medio bárbaras. Volvimos á bordo, escoltados por aquellos naturales, que nos acompañaron cantando y deseándonos cordialmente un buen viaje, y rogándonos que volviéramos á su país.

La manera de multiplicar artificialmente el pescado no es tan reciente como se cree; en una revista periódica de 1825 se encuentra la descripción del procedimiento siguiente:

Los chinos tienen un medio de criar los peces y de ponerlos al abrigo de los accidentes que destruyen comunmente tan gran cantidad de ellos. Los pescadores recogen con cuidado á los bordes, y en la superficie del agua, esas masas gelatinosas que contienen el desove de los peces. Apénas se han procurado bastante cantidad, los ponen en cáscaras vacías de huevo de gallinas, y los ponen con un ave que empolla. Trascurrido cierto número de días, dejan la cáscara de huevo en agua calentada al sol, los pececitos están ya nacidos, y se guardan en agua fresca hasta que son bastante robustos para poderlos poner en un estanque con los peces grandes. La venta del desove, en razon de este uso, forma un ramo importante del comercio de la China.

Interior del Cairo.

En uno de los números anteriores dimos un grabado que representaba una vista del Cairo, tomada en el punto llamado Birket-el-Ginnah, con una ligera descripción de dicho punto. Hoy daremos como complemento otra vista del Cairo, tomada desde el magnífico

lago de la Roseta, acompañando á este grabado las siguientes líneas tomadas de una obra de viajes donde se encuentran los detalles mas preciosos relativos al Egipto.

« El barco que nos conducia de Alejandría al Cairo, dice el autor de la obra á que aludimos, se detuvo por la mañana en el puerto de Schubrah, posesion del bajá que está rodeada de jardines llenos de rosas, de cedros y de naranjeros.

» Esta casa de recreo se comunica con la ciudad por una inmensa avenida de acacias y otras plantas orientales cuyos troncos monstruosos, así como sus ramas bajas y enroscadas á manera de serpientes forman, una especie de bóveda impenetrable á los rayos ardientes del sol de Egipto.

» Al ver por la primera vez á través de estas arboledas la ciudad y campaña del Cairo, chispeante de luces y colores hasta el punto de que el mas hábil pintor no podría hacer un remedo de aquella vista, yo experimenté un placer indefinible: creia reconocer aquel

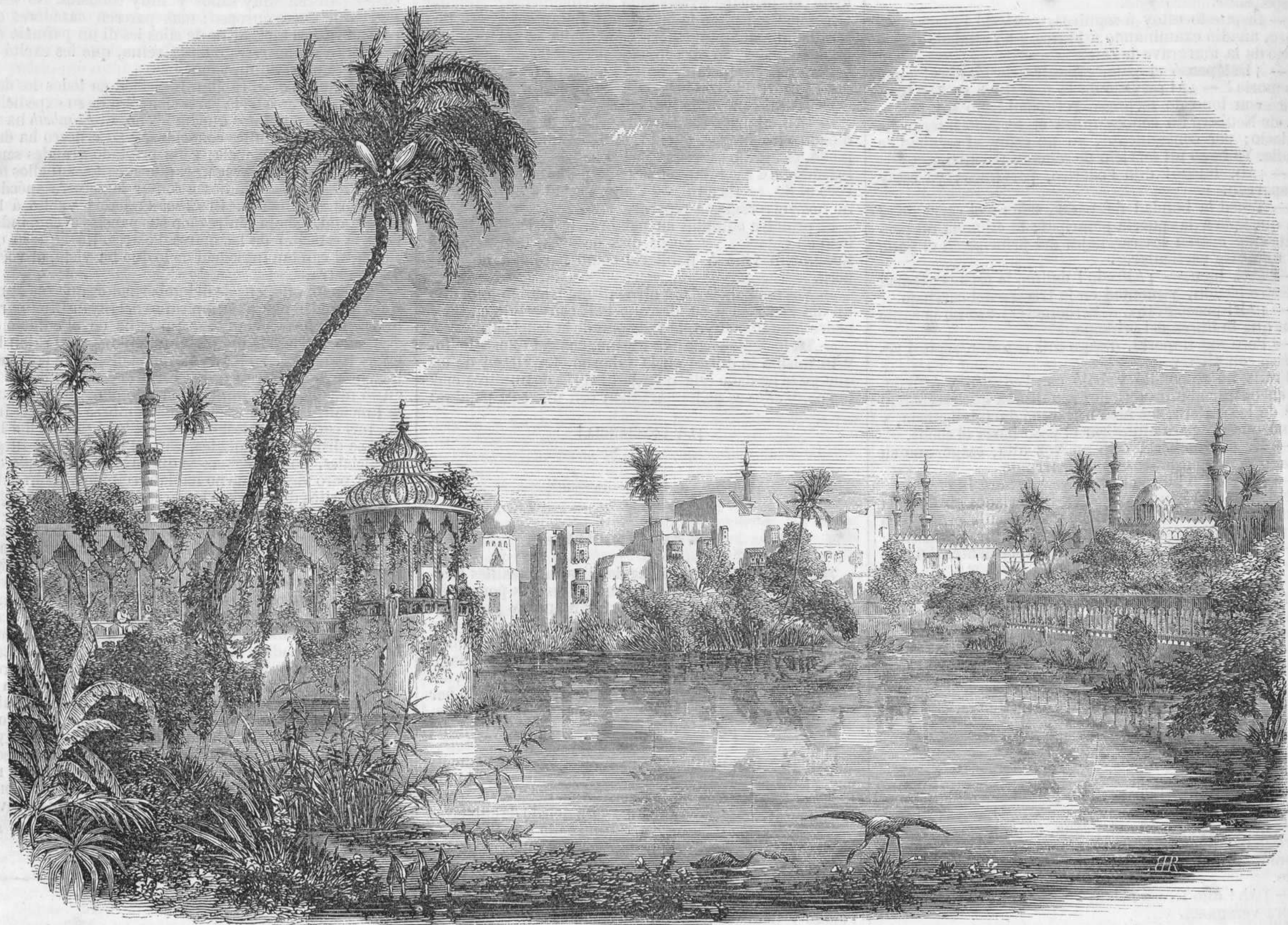
pueblo que habia visto instintivamente en mis ensueños. Despues de vivir algo en Egipto, esta impresion ha tomado en mí mayores proporciones, y cuando dejé aquella tierra deliciosa me senti acometido de la nostalgia del Oriente que me hace volver hácia allá involuntariamente los ojos.

» Entrando en la ciudad por la puerta de Esbekich, entre los camellos que llenan el aire con sus salvajes gritos, y en medio de aquellas mujeres del velo negro que llevan sus hijos en el cabello, empecé á sentir emociones que me indemnizaron de las fatigas del viaje, chocándome sobre todo las casas blancas con líneas encarnadas y adornadas con sus *mucharabiehs* ó miradores de cedro ó de ciprés caído á manera de encaje, formando verdaderas celosías que ocultan lo que pasa interiormente á las indiscretas miradas de los orientales.

» Quanto mas se avanza, mas se admira uno de aquel conjunto y de aquella muchedumbre abigarrada que circula á pié, á caballo, ya en burro, ya en drome-

dario, por el pintoresco y magnífico dédalo del Cairo

» Un crepúsculo azul, un vapor ambiente, iluminado por los primeros rayos del sol, envuelve y hace chispear, como una luz eléctrica en la oscuridad, los brillantes trajes de las poblaciones de Africa, Asia y Europa que se encuentran allí reunidas. Véense allí los *fellahs*, verdaderos gitanos, los *coptos* que tienen el mismo origen, pero que han permanecido fieles á la religion cristiana que abrazaron desde la venida de Cristo; los *negros* descendientes del Nilo azul y los del Nilo blanco, los *árabes* del *Oasis de Hammon*, los *mogrevinos*, los *mequenses* con su tocado rojo, rayado de amarillo, como las momias de los sepulcros, los hijos de la *Nubia* cubiertos con una especie de capa amarilla y cuya historia se remonta á cerca de cuatro mil años, los *cafres*, habitantes del *Sennaar*, de *Darfur*, de *Dongola* y del *Cordovan*, cuya capota blanca y negra suele estar bordada de oro y de púrpura, ó rayada con bandas de diversos colores; despues vienen los *abisinios*, los *caucasicos*, los *berberiscos*, los *argelinos*, los *marroquios*, los *turcos*,



Lago de la Roseta.

los *indios*, los *judios*, los *persas*, los *armenios*, los *griegos* y los *francos*, todos de razas, colores y trajes diferentes.

» Contemplad ese *effendi*, ese señor que va montado en un asno blanco de Abisinia, y seguido penosamente de cuatro ó mas mujeres mal embozadas en una especie de cobertor de color de ceniza que deja ver la esbelta forma de sus cuerpos. Al ver sus brazaletes de vidrio en los brazos, su tinte de bronce y sus cabellos ensortijados como los de los reyes de las pirámides, ¿no reconocéis en esas pobres mujeres á las pobres hijas de Etiopia, arrancadas del seno de sus familias por los soldados del bajá?

» Pero, ¿qué clamores son esos que se oyen? ¿De dónde viene esa consternacion general? Las mujeres y los niños se ocultan detrás de las puertas, los hombres se precipitan en las calles estrechas, y yo mismo me veo imposibilitado de andar á causa de la muchedumbre que me empuja y concluye por hacerme caer de bruces. ¿Qué significa eso? He aquí los andarines vestidos de azul y armados de látigos que pasan rápidamente, seguidos de un coche de cuatro caballos que van á escape por las calles tortuosas y desniveladas. El que va en el carruaje es *Abbas-Bajá*, virey de Egipto, el nieto del famoso Mehemet-Alí que se divierte en sembrar de

esta manera el terror entre los habitantes cuando están mas descuidados. Poco le importa rebentar unos cuantos hombres al paso sabiendo que no por eso se acabarán sus súbditos. Apartemos la vista de este cuadro.

» En verdad las razas que pueblan el Egipto necesitan vivir bajo aquel sol abrasador sin lo cual su piel se arrugaria concluyendo por cambiar hasta de color. Al cabo de unos pocos meses de residencia en el Cairo es fácil observar que el negro mas perfecto palidece tanto ó mas que el blanco. Cuando se llega al Africa cree uno que todos aquellos tipos tienen una completa semejanza; pero bien pronto el ojo instruido pierde, por decirlo así, su preocupacion de casta, y descubre los matices mas variados así como las deformidades ó bellezas de dichos tipos tan diferentes del nuestro.

» Nada hay mas magnífico que esta variedad, el aspecto de las calles tan numerosas que solo al cabo de cuatro ó seis meses de continuo paseo puede un hombre hallar salida en aquel verdadero laberinto. Calles hay tan estrechas que algunas veces toca uno con los codos en las paredes, pero como en todas partes se hallan torres ó minaretes para guiar al viajero, es fácil con esta ayuda y la de las mezquitas, bazares y fuentes llegar á conocer la poblacion.

» Entre los infinitos caminos que se cruzan en todos sentidos (refiérese el autor á las callejuelas y callejones) hay dos calles, dos arterias principales que atraviesan la ciudad, en las cuales no encontramos nada de extraordinario. Subamos la roca sobre la cual descansa la poblacion á fin de ver en su conjunto la maravillosa ciudad de los Vivos y la no ménos bella de los Muertos. Allí están las terrazas de la residencia del bajá (porque no puede darse el nombre de palacio á aquella simple habitacion) desde donde se domina la parte mas interesante del país. A la izquierda se ve el árido desierto donde se hallan las tumbas de los mamelucos y de los califas, con sus torres esmaltadas de porcelana: en frente está la ciudad con sus minaretes y sus elegantes cúpulas, á la derecha las ruinas de *Heliópolis* con su obelisco y el sicomoro venerado donde segun la tradicion de los *coptos* se sentó la Virgen á descansar. Mas allá está el antiguo Cairo donde la santa familia se ocultó durante la degollacion de los inocentes, y luego, en fin, los campos verdes como la esmeralda y los grandiosos lagos entre los cuales descuella el de la Roseta por su profundidad y porque refleja en sus aguas la parte mas graciosa de la poblacion que he descrito.»

A. L.

El árbol de la quina.

Tenemos á la vista una obra del señor doctor Weddell que ha estudiado el árbol de la quina durante muchos años, en los mismos lugares donde florece.

Sabido es que la quina es la corteza de un árbol que crece naturalmente en algunos puntos de la América meridional, como el Perú, Bolivia y Nueva Granada. La region que ocupa se extiende casi paralela á las costas del Océano Pacífico, en una longitud de siete á ochocientas leguas. Como los bosques cercanos á las costas están ya agotados hace tiempo, se va entrando poco á poco en regiones cada vez ménos practicables, de modo que la explotacion es mas ardua y costosa. Quizás esta explotacion llegará á su término, y esto es lo que debe evitarse si no se quiere que renazca un azote que el descubrimiento de la quina aniquiló casi enteramente.

La historia de este descubrimiento no carece de interés aun descartando de ella toda la parte fabulosa. En

1638 la condesa de Chinchon, esposa del virey del Perú, padecía unas calenturas intermitentes cuando el conde supo por un corregidor de la provincia de Loxa que la corteza de un árbol de su jurisdiccion poseia una maravillosa propiedad febrífuga. En efecto la señora se curó con el remedio, y á esta circunstancia se debía que la quina conservase largo tiempo el nombre de *polvos de la condesa*.

La quina llegó por primera vez á España en 1640. Un médico de Valladolid, el señor Barba, publicó dos años despues un método para usarla, pero al mismo tiempo que unos facultativos querian propagar su uso, otros se oponian á ello. Por los años de 1679 un empírico inglés llamado Talbot, operaba en Paris curaciones sorprendentes á beneficio de un medicamento secreto. El delfin, hijo de Luis XIV tomó el remedio de Talbot y se puso bueno; otros personajes de la córte sanaron tambien, de modo que el rey se decidió á comprar á Talbot por una pension vitalicia de dos mil libras anuales el secreto de la quina.

Sin embargo, los caracteres botánicos del árbol que producía la quina nadie los sabia; las primeras nociones exactas que llegaron á Europa sobre este punto fueron debidas á la Condamina, que enviado en 1733 á medir un grado del meridiano bajo el ecuador, se aprovechó de la ocasion para observar el precioso árbol.

José de Jussieu visitó por la misma época los bosques de Loja y los del alto Perú, penetrando hasta las fronteras del Brasil; pero el viajero no pudo volver á Francia sino treinta y seis años despues, enfermo y privado del uso de sus sentidos, de modo que fueron inútiles sus estudios.

Por la descripción de la Condamina se estableció pues el género *Chinchona* (en memoria de la condesa de Chinchon.) Desde la Condamina hasta los ilustres viajeros Humboldt y Bonpland á quienes se deben las primeras observaciones sobre la geografía de este género, una porcion de hombres entendidos se han ocupado del asunto. En la segunda mitad del siglo XVIII fueron á explorar aquellas comarcas dos expediciones españo-



Explotacion del árbol de la quina en los bosques del Caraboya en el Perú. — Valle de San Juan del Oro.

las; una dirigida por el célebre Mutis, que la observó por primera vez en las cercanías de Santa Fé de Bogotá, y otra bajo el mando de Ruiz y Pavon, que, acompañados del botánico francés Dombey, estudió las especies del Bajo-Perú y de Lima. A principios de este siglo Humboldt y Bonpland ensancharon aun el número de distritos donde se cria este producto. Las únicas especies que quedaban desconocidas, á lo ménos bajo el aspecto botánico, eran las de la vasta extension de país que hay detrás de la grande Cordillera, y este es el vacío que ha querido llenar M. Weddell. En 1843, habiendo sido encargado M. de Castelnau de dirigir una expedicion científica en las provincias interiores del Brasil y del Perú, el Museo de Paris designó á M. Weddell para formar parte de ella con la mision especial de estudiar muchas cuestiones importantes para la historia natural. Pasados dos años de exploracion en comun, M. Weddell se separó de M. de Castelnau para hacer investigaciones en distinto sentido, y las continuó hasta 1848. La cuestion de la quina tan oscura aun llamó su atencion, y esto nos vale hoy el hermoso trabajo del que tomamos los siguientes pormenores, con el dibujo que tambien acompaña.

M. Weddell penetró en Bolivia en agosto de 1843, por el país de los Indios Chiquitos. En noviembre se di-

rigió hácia el Sur, llegó á Rio Grande y atravesó la provincia de la Cordillera hasta Tarija, donde llegó en enero de 1846; viaje penoso que tuvo por objeto determinar exactamente el límite austral de las regiones del árbol de la quina. Dió el nombre de *Chinchona australis* á la especie que descubrió, hácia el décimo nono paralelo de latitud Sur. En agosto vigiló algunas ciudades de la Bolivia, y el año siguiente, pasada la estacion de las lluvias, M. Weddell volvió á tomar el camino de la grande Cordillera, y despues de varias exploraciones por la vertiente oriental de los Andes, y por los valles interiores, se dirigió en junio de 1847 á la provincia de Caraboya, una de las mas interesantes del Perú, que se halla dividida por la Cordillera en dos regiones, una de ellas con una porcion de valles que suministran la mayor parte de la quina que se exporta hoy de la república de Bolivia. Muy difícil seria dar una idea aquí de todos los tesoros de vegetacion que se encierran en esas soledades, turbadas solamente por el hacha del cascarillero, como llaman á los hombres que arrancan la preciosa corteza en los bosques, ejercicio que necesita una práctica de muchos años.

Regularmente los cascarilleros no buscan la quina por su propia cuenta, sino que trabajan para los comerciantes de este ramo. Los trabajadores van siempre

acompañados de un práctico ó mayordomo que estudia el terreno, fija el lugar de la explotacion, y examina despues los productos.

El mayordomo lo primero que hace es fabricar una choza ó casa ligera, al lado de una fuente ó de un arroyo para guardar las provisiones y los productos del árbol de la quina; y cuando juzga que debe permanecer largo tiempo en un mismo sitio, hasta llega á sembrar maiz y algunas legumbres. Entre tanto los cascarilleros se reparten por el bosque, uno á uno, ó por grupos con su *poncho* encima, y los viveres suficientes para algunos dias.

Los árboles de la quina no suelen encontrarse juntos sino rara vez; por lo regular se hallan esparcidos en los bosques; sea como quiera el cascarillero emplea toda su destreza en descubrirlos. Si la posicion es buena mira á los árboles por lo alto; un ligero chasquido propio de las hojas de ciertas especies, un color particular de estos mismos órganos, el aspecto que produce una masa de inflorescencias le dan á conocer la copa del árbol de la quina á una distancia prodigiosa. En otras circunstancias debe limitarse á inspeccionar los troncos cuya corteza presenta caracteres notables. Muchas veces las hojas secas que encuentra en el suelo le bastan para presumir donde está el árbol deseado, pues por

el viento que las llevó allí sabrá de donde han venido. No siempre, á pesar de su habilidad, las investigaciones del cascarillo tienen un buen resultado; con mucha frecuencia se vuelve á la choza el cascarillero con las manos vacías y sin provisiones.

Para quitarle al árbol su corteza, le echan abajo con el hacha un poco mas arriba de su raíz, teniendo cuidado antes de despojar el punto por donde se corta para no perder nada; y como la parte mas gruesa y mejor está naturalmente por la base, se hace un hoyo al rededor con el fin de que la corteza se aproveche toda. A veces el árbol no cae, aun cuando está cortado, por causa de los bejuocos que le enredan y le sostienen, y estos son otros tantos obstáculos de los cuales debe triunfar el cascarillero.

Cuando por fin el árbol está en tierra, desembarazado ya de todas las ramas inútiles, principian por quitar la peridermis con el lomo del hacha, y se procede á limpiar con un cepillo la parte viva de la corteza que se quedó al aire, y luego dividida en su grueso por medio de incisiones uniformes, se separa simplemente del tronco con un cuchillo que se introduce en esas incisiones. La corteza de las ramas se separa como la del tronco con la diferencia de que no la quitan su peridermis.

El modo de sacar el producto varia en uno ú otro caso; las tiras mas delgadas de la corteza de las ramas ó de los troncos pequeños que se arrollan luego en canuto, se exponen sencillamente al sol, y toman por sí mismas la forma de un cilindro hueco; pero las que provienen de troncos abultados que sirven para la quina tabla, ó plancha, deben someterse á una fuerte presión, pues de otro modo se torcerian ó se arrollarian mas ó menos como las precedentes. Con este fin, despues de haber sufrido una primera exposición al sol, se colocan unas sobre otras en rejilla, y encima se pone mucho peso. Al otro día se sacan de nuevo al sol, y luego se disponen otra vez como hemos dicho, y ambas operaciones continúan hasta que se hallan enteramente secas.

Este es el método más ordinario de preparar la quina; pero el trabajo del cascarillero no está concluido con haber arrancado al árbol su corteza, sino que necesita llevarse al mayordomo por aquellas selvas virgenes, donde á veces suele caminar con ella al hombro durante quince ó veinte días, antes de poder salir del laberinto.

Conforme los trabajadores van presentando las cortezas, el mayordomo las examina separando las malas, las seca de nuevo si es preciso, y las coloca en fardos de un peso igual, que se transportan á los depósitos de las ciudades donde las envuelven en pellejos frescos, que cuando se secan adquieren una solidez extraordinaria. Bajo esta forma se conocen con el nombre de zurrones, y así es como llegan á Europa.

Por estos pormenores se puede juzgar cuan inexactas son las ideas que uno se forma generalmente de la explotación del árbol de la quina, ora suponiéndola sometida á una vigilancia especial, ora imaginándose que esos árboles se hallan cultivados en parques como el árbol del corcho en Europa.

Lo que sí hay que temer al considerar el poder destructor de los explotadores de hoy, es que nuestros descendientes tendrán inevitablemente el dolor de ver que se agotan las diferentes especies del árbol de la quina. Y no se debe esperar que los bosques se llenen otra vez por sí mismos de este precioso árbol á beneficio de la semilla y de los troncos partidos que quedan en el suelo; pues casi siempre las raíces cortadas sin discernimiento mueren con el tronco, y los vástagos, si llegan á crecer, caen también bajo el hacha para siempre. Preciso es convenir en que aquellos inmensos bosques de veinte mil leguas cuadradas no pueden vigilarse como un jardín de nuestros climas; pero se podría limitar la exportación, y este sería quizás el medio mas seguro.

Delante de mi fuego.

¿Ó HARÉ BIEN EN CASARME? POR ISAAC MARVEL.

(CONCLUSION.)

III.

Las cenizas son la desolacion.

Al cabo, pensé yo, las cenizas vienen detrás de la llama tan inevitablemente como viene la muerte en pos de la vida. La miseria le pisa los talones á la alegría, y el dolor galopa á la zaga del placer.

— ¡Vén aquí, Carlo! dije á mi perro; y lo acaricié de nuevo con cariño á la luz de las brasas mortecinas.

El placer que se siente en acariciar á un animal querido, es muy pequeño, pero este placer, cuando pasa, no deja vacío. Este es un alivio leve de los deseos de vuestro corazón, pero fácil de reemplazar, cuando se pierde.

Pero si vuestro corazón no ha podido contentarse con el amor de la caza y de los perros, ni resistir siempre á los estímulos que lo arrastran hácia otra cosa mas espi-ritual y mejor, si se ha adherido con lazos indisolubles á otro corazón, ¿es esa también una pérdida fácil de reparar?

¿Llenará el vacío de vuestro corazón el primer sol de la primavera?

Y mi imaginación que me habia representado la duda en el humo, la alegría en el calor de la llama, comenzó á pintarme su desolacion en el débil resplandor de las ascuas que se cubrian de cenizas.

— ¡Qué monton de cartas de felicitacion os llegan de vuestros amigos casi olvidados, cuando hace ya uno ó dos años que ha pasado vuestra felicidad!

— ¿Vuestra mujer es rica sin duda?

— ¡Oh! sí.

— ¿Es rica?

¡Al diantre con ese hombre que conoce tan poco los tesoros del corazón para hablar de riquezas á quien ama á su mujer, como solo á ella se debe amar!

— ¿Es también jóven?

— Sí, jóven; sencilla como la infancia, encantadora como la mañana.

¡Ah! estas cartas traen consigo un agujon; ellas hacen que se aprecie aun mas, si es posible, el valor de lo que temeis tanto el perder.

¡Con qué ansiedad examináis si ha perdido por acaso algo de su ligereza! ¡Con qué atención miráis su sonrosada mejilla por ver si ha palidecido! ¡de qué manera os hace temer el brillo de sus ojos una muerte prematura! Con pena soportais el peso de este brazo con mangas de muselina, que pesa menos que el de un fantasma. Y cuando subís por las colinas que guardan vuestro horizonte, para ver como baja el sol á su ocaso, ¡cuánto no temeis ver precipitarse la respiracion de vuestra amiga!

¿Es apacible vuestro sueño, despues de ella os ha confiado sus temores, y cuando con el mismo aliento, débil como un suspiro, acerado como una flecha, os ha dicho que es preciso arrastrarlos con ánimo esforzado? Quizá, (en este momento mis brasas brillaban con nuevo resplandor, con el último antes de apagarse), quizá vencerá el mal.

Pero la pobreza, limosnera de este mundo, se os ha acercado tendiendo su mano ávida y descarnada.

Solo, con vuestro perro viviendo de huesos, y vos de esperanzas, — renaciendo todas las mañanas, muriendo todas las tardes, — podriais soportar la pobreza. La filosofía prodigaria sus tesoros al hombre solo. Si él no tiene dinero en el bolsillo, tiene ciencia en su cabeza, y cuanto menos saca de la una, mas ideas le produce la otra. El se acuerda; y puede alimentarse dias y semanas con recuerdos. Su bohardilla, si está en ella á cubierto, se la fingirá suntuosa su imaginación. Si la lluvia descarga sobre sus espaldas, enoja á un hombre habituado á los chubascos. El temor no, el afecto hace que su perro esté siempre junto á él. Con la sonrisa en los labios divide con él su pan. Al tender la mano, se corona con los gloriosos recuerdos de Cervantes; y si pasa la noche bajo las estrellas, el cielo le hace soñar con Galileo encarcelado y sin asilo.

El recita antiguos sonetos y fragmentos del pobre Johnson. El canta las odas de Dryden y repite las poesias de Otway. El razona con Bolingbroke ó Diógenes, según su humor del momento. El se rie del mundo, porque á Dios gracias, el mundo lo ha abandonado.

¡Guardad vuestros tesoros, viejos avaros; guardad vuestros palacios, viejos príncipes! ¡El mundo me pertenece!

¡Que me importan, fortuna, tus injurias!

No temas, no, que contra tí murmure.

El cielo es mio, y los verdosos prados,

Que recorro con pasos atrevidos.

Con tal que la salud no me abandone,

Que gocen otros de infantiles dones,

Que á mí me basta mi mente y mi diente,

Y el vasto espacio que mis ojos miden.

Pero, — ¿si no estais solo?

¿Si reclama ella vuestro apoyo y vuestro consuelo?

¿Si ella os pide pan?

¿Sí, nacida y criada en el lujo se muere de hambre?

¡Ah! en ese caso, una daga acerada os atraviesa el alma; entonces son las noches eternamente sombrías, y los días largos, aun los del solsticio de invierno.

Tal vez ella no se quejará, ¿pero qué va á suceder?

Será mas esforzado vuestro corazón porque la energía del amor que ella os profesa, pondrá un dique á fuentes de lágrimas, porque su lengua muda callará sus privaciones. ¿Será para vos un consuelo verla compartir con sus hambrientos hijos que la piden pan, el miserable alimento que habréis robado para ella?

Pero á esa miseria, manos benéficas, y el auxilio del cielo le ponen un término. La fortuna vuelve; ved las flores, ved los dominios paternales, aquí está la felicidad. Pero vuestra Elisita, vuestra querida niña, está mala.

¡Plugiuese á Dios, decís angustiado, que la riqueza pudiese colorar esa pálida mejilla, y encender sus apagados labios! Pero es imposible. Elisita enflaquece todos los días, y sus acentos son cada vez mas aflictivos.

« ¡Querida Elisita! — Y vuestra voz tiembla; ¿vosotros conoceis que se halla al borde del sepulcro. ¿Podeis apartarla de él? ¿Lo lograrán vuestras caricias? Vuestros asuntos ó son penosos lejos de la querida niña; vosotros volvéis á acariciarla mientras podeis. — Pero ahora ya es tarde. El ángel ha tendido las alas y se ha remontado. Ya no puede oiros; ya no puede daros las gracias por las violetas que poneis en su mano helada.

Y luego, el sepulcro cubierto de césped... ¡la sombra nefasta del cenotafio!

El viento de la noche conmueve los vidrios mal encajados, y silva lúgubrememente. En un intervalo de mis

ensueños, enjugo una lágrima dando gracias á Dios de no tener que deplorar semejante pérdida.

Pero la alegría entra lentamente en la casa. Todo se ha rejuvenecido; « el perfume de las modestas violetas es menos delicioso que el matrimonio. »

Los labios de vuestra mujer son como el carmin; su mejilla es tan delicada como una flor. Su fragilidad dobla vuestro amor.

El niño que estrecha en su seno es débil también; demasiado débil es el niño en que depositais vuestra esperanza. El ha crecido á vuestra vista, embelleciéndose todos los días, y creciendo en vos vuestro cariño, al par que su belleza. El amor que le teniais cuando comenzaba á balbucear los nombres de papá y de mamá, se dobla cuando pregunta inocentemente, qué significa esto ó aquello, cuando la curiosidad que brilla en sus miradas os promete un talento vasto y precoz.

Quizá se ha salvado de las olas del mar, ó de una inundación. El peligro que ha corrido ha abierto las esclusas de vuestro corazón; vosotros habeis llorado y rogado á Dios que no os vuelva á someter á tan terrible prueba. Este peligro que acaba de pasar, ha centuplicado vuestro cariño.

Y ahora que su pálida hermanita se ha acostado en la tumba, todo el amor que le teniais á ella se ha retirado de aquel montecillo en que se ceban los gusanos, para concentrarse en el hermano de la muerta. ¡De qué modo velais durante la tempestad, temiendo que se afecte con ella su salud! Muchas veces por la noche os aproximais á su lecho y poneis la mano sobre su frente, que adorna una enortijada cabellera, que agitan dulcemente las pulsaciones de sus sienas.

Vosotros contemplais sus labios entreabiertos, y aproximais á ellos vuestro oído para observar si su aliento es regular y apacible.

Pero el día llega, ó por mejor decir, la noche, — en que no sentís ya su soplo.

Sí, apartad vuestros cabellos, — calmaos, — escuchad con cuidado.

No, nada ya.

Colocad ahora vuestra mano sobre su frente húmeda, es cierto, pero no con el saludable sueño de la noche; no es vuestra mano, no, no os hagais ilusión, — sino su frente la que está helada; y vuestro querido hijo no os volverá á hablar, — no jugará ya con vosotros, — porque... ¡está muerto!

¡Oh! ¡las lágrimas! ¡las lágrimas! ¡qué buenas son las lágrimas!

No temais que caigan sobre su frente ó en su boca, ellas no lo despertarán. Estrechadlo contra vuestro corazón, — estrechadlo fuertemente, — ¡ya no le haréis mal, ya no lo despertaréis! ¡volvédlo á acostar suavemente, ó no, poco importa; está rígido, tieso, helado!

Pero el valor es elástico; él renace con mas facilidad que puede renacer la llama de esos carbones.

Sí, pero el valor, la resignación, la fe y la esperanza tienen sus límites. Feliz el hombre que no sufre la prueba que ha de fortificarlos.

El celibato se libra de ella; porque ¿dónde se cebaria la prueba?

Al aspecto de unos funerales, vosotros filosofais. Ante un cementerio leéis Hervey; y meditais sentado sobre el muro. ¿Se muere un amigo vuestro? lanzais un suspiro y acariciáis vuestro perro. ¿Os castiga la fortuna con sus reveses? reducis vuestros gastos, encendeis vuestra pipa, y todo está olvidado. ¡Si se os calumnia! os reís, os dormís.

¿Pero si esa madre, privada de sus hijos se une á vuestro amor y vuestra amargura?

¿Podeis en ese caso coger á Séneca, y quitarle friamente el polvo que lo cubre? ¿Podréis reír con Voltaire? ¿Podeis fumar tranquilo con los pies en la yedra que guarnece el muro del cementerio, donde se halla sepultado vuestro hijo?

¿Podeis entreteneros en rimar al picante Marcial? ¿Podeis acariciar á vuestro perro, y cuando va á retozar, decirle: « ¿Basta? » ¿Podeis reiros de la calumnia, y dormir sentado delante de vuestra lumbre?

¡Dichoso pensé yo otra vez mas, dichoso el hombre que no se aproxima nunca á la prueba que debe marcar los límites de su paciencia y su valor!

Pero esta prueba llega; — los carbones se amortiguan cada vez mas.

La mujer á quien amais tiernamente, decaece. No es su belleza la que se marchita; eso no valdria nada, ahora que vuestros corazones confundidos no forman mas que uno solo.

Ella observa al punto vuestros nacientes recelos, y se esfuerza por andar con paso firme y mas ligero que de costumbre.

El amor y las pruebas que os unen han concentrado en ella vuestro afecto. Este no es superficial, como cuando viviais solo. En la vida doméstica y familiar ha hallado cierta cosa que lo ha fortalecido. En el suelo de un mundo estéril no puede echar raíces y encontrar alimento substancioso. Bajo el invernáculo del techo doméstico ha brotado, y el aire libre le perjudica.

Ya no considerais á los hombres como si os uniera á ellos un lazo del corazón, como si existiese entre ellos y vosotros una comunidad de sentimientos. Cuando vuestro corazón estaba abierto á todo, antes de concretarse á objetos particulares, podía recibir fuerza y ventura en cien lazos que os parecen ahora tan frios como el hielo.

¡Ay! pero estos objetos particulares desaparecen. ¡Qué inquietud os persigue! os empeñais en creer que no hay peligro; y ella se esfuerza también en persuadirlo.

¿Cómo os destroza el oído el tumulto de la ciudad! una música agradable era cuando estabais en ella, y aun cuando trabajabais en provecho de objetos queridos, cuando al regresar de vuestras faenas erais acogido dulcemente todas las noches.

Ahora os irrita el mundo indiferente, cuando vosotros estais llenos de amargura. En la calle os codean; al otro lado de vuestro despacho os sonrien; sois saludado con negligencia; nadie sabe el pesar que devora vuestro pecho.

El empresario de funerales trae la cuenta del entierro de vuestro hijo. El conoce vuestro dolor, y lo respeta. Vosotros lo bendecís en vuestro corazón, vosotros querriais que los alegres pasajeros fuesen empresarios de pompas fúnebres.

Vosotros seguís con la vista al médico que sale de vuestra casa. ¿Es sabio? os preguntais; ¿es prudente? ¿es el mejor? ¿no se ha equivocado nunca? ¿no ha obrado jamás ligeramente?

¿Y esta mano que toca la vuestra, no está mas flaca, mas blanca que ayer?

Hay dias en que sonrie el sol: entónces parece que ella renace; el carmin asoma á sus mejillas; ella respira mas libremente; coge flores; se os aproxima risueña; la esperanza revive.

Pero sobreviene una tempestad.

Ella no puede hablaros siquiera; ella os estrecha la mano.

Os apresurais, y abandonais vuestros negocios mas temprano. ¿Qué os importa la clientela? ¿Quién recogeria el fruto de vuestros trabajos? ¿Qué os importa la reputacion? ¿Qué ojos llenaria esta de orgullo? ¿Qué os importa la riqueza? ¿Quién la heredaría?

Encontrais á vuestra esposa reclinada en almohadones; ella contempla un librito de imágenes, que han ensuciado los dedos del querido niño que ha perdido. Ella lo esconde porque os tiene compasion.

Otra esperanza aun cuando brilla el sol de la primavera, cuando las flores se abren; ella se apoya en vuestro brazo, y se pasea por el jardín donde cantan los primeros ruiseñores. — Escuchadlos con ella. — ¿Cuántos recuerdos en aquellos cantos! — No os asusteis porque derrama lágrimas. — Aquellas lágrimas son en accion de gracias. ¡Oprimid la mano que descansa levemente en vuestro brazo, y vos también, dad gracias á Dios, miéntras es tiempo todavía!

Volveis á casa muy pronto, — á media tarde, — vuestro paso no es rápido, sino pesado, terrible.

Os han enviado á llamar.

Ella está acostada; sus ojos casi cerrados; su respiracion entrecortada.

Ella os oye; sus ojos se entreabren; la cogéis la mano; la vuestra tiembla, pero la suya no.

Sus labios se mueven; murmuran un nombre; es el vuestro.

« ¡Valor, dice, Dios ayudará! »

Aprieta vuestra mano: — ¡A Dios!

Un profundo suspiro, otro, y ya estais de nuevo solo. Ahora no hay lágrimas, ¡pobre hombre! ¡No las podeis hallar!

Otra vez volveis temprano á casa. Un ataúd hay en ella; el cadáver está vestido, y el empresario de los funerales se ocupa en clavar la tapa, y circula con mucho tiento al rededor del féretro. ¿Temeraria despertarla?

Os pregunta qué inscripcion debe grabarse en la placa, que frota con la manga del frac. Lo mirais fijamente; le señalais la puerta; no os atreveis á hablar.

Coge su sombrero y se sale fuera furtivamente como un gato.

Al cabo, aquel hombre ha hecho bien su labor. El féretro es bonito, muy bonito. Pasad la mano por encima. — ¡Qué terso está!

Algunas ramas de resedá hay allí en un florero con bordes dorados.

Le gustaba la resedá.

Una mesa muy fuerte soporta el ataúd; vuestra mesa, porque sois jefe de casa, padre de familia.

¡Sí, padre de familia! No sollozeis, ó la nodriza entrará. Contemplad ese retrato: ¿es eso todo lo que os queda de vuestra mujer? ¿Y dónde está ahora vuestro corazón? No, no claveis las uñas en vuestra carne, no os mordais los labios, no rechineis los dientes. ¡Si pudieseis llorar!

Otro dia ha trascurrido. El féretro ha sido sacado. Los estúpidos llorones han llorado. — ¡Qué lágrimas tan vanas!

Ella ha partido, y vuestro corazón está hecho pedazos.

¿Tendréis ahora noches agradables en vuestra casa?

Entrad en vuestro salon, frotado por vuestra ama de gobierno, que ha encendido una buena lumbre en la chimenea.

Sentaos en vuestro sillón; en frente de él hay otro con un cogin de terciopelo. — Está vacío. — Restregais vuestros ojos con las manos, como si quisierais extraer alguna cosa que abrasa vuestro cerebro: pero no podeis.

Vuestra cabeza se apoya en vuestra mano; vuestra mirada se detiene en la llama resplandeciente.

Las cenizas vienen siempre despues de la llama.

Entrad ahora en el cuarto en que ella ha estado mala; — entrad despacio, no sea que la ama de gobierno venga en busca vuestra.

A su sillón le han puesto una funda nueva; á su cama nuevo cortinaje. De la consola se han quitado los frascos y la campanilla de plata, y en su lugar se ha puesto un vaso pequeño con flores, cuyo perfume no ha de molestar ahora á la enferma. Se ha entreabierto la

ventana, para que se ventile la habitacion, tanto tiempo cerrada. No hará allí demasiado frio. Ella no está ya.

¡O Dios! ¡tú que mides el viento para la trasquilada oveja, ten misericordia!

El hogar estaba sombrío; yo escarbaba las cenizas; no habia en ellas señal de vida. Mi perro dormia. El péndulo del cuarto de mi colono acababa de dar la una.

Yo enjugué una ó dos lágrimas que me habian venido á los ojos, no sé cómo. Hice una oracion en accion de gracias por no haberme tocado aun semejante desolacion, y otra esperando que nunca me toque.

Media hora despues dormia profundamente. Mi meditacion se había concluido.

La montaña magnética de Santo Domingo.

¿Qué fijos y arraigados permanecen en la memoria los cuentos de nuestra infancia! Ni los primeros deberes de la vida, ni las penas ó goces de este mundo pueden borrar en nosotros las imágenes de aquel dichoso tiempo. Aun me acuerdo de la impresion que produjo en mi imaginacion infantil el cuento de la montaña encantada.

Al decir de mi nodriza, esta montaña se elevaba solitaria y escarpada del seno de la mar, y todos los buques que navegaban al rededor á cierta distancia, eran atraídos por una fuerza irresistible hácia esa roca continuamente golpeada por las olas. En cuanto el buque que debia perderse llegaba cerca, la fuerza magnética que entónces se desprendia era tan grande, que los clavos y todo el hierro de la embarcacion se escapaban, (entónces no se usaban todavía los buques forrados de cobre); luego se soltaban las tablas, los palos caian en la mar, y la tripulacion parecia en medio de las ondas, en tanto que la nave se sumergia con un estrépito que daba miedo.

Este cuento me vino á la memoria cuando en mis excursiones por el territorio de Santo Domingo me hablaron de una montaña formada de piedras imantadas. A la verdad, esta montaña no se hallaba situada cerca del Océano, sino á las orillas del rio de Guna, que corre hácia el Oeste, y que en los tiempos de sequía tiene una corriente mansa que se cambia en invierno en un furioso torrente. Excitaba mi curiosidad, quise subir á la montaña.

Justamente en el mes de mayo último se me ofreció una buena ocasion para ello. El 15 salí de Bonaó, que en tiempo del descubrimiento, se hallaba habitada por un poderoso cacique de este nombre, donde Colon fundó una ciudad en el año 1494. El cielo estaba encapotado, y ni la mas ligera brisa movia las hermosas palmeras que adornaban el valle. Llegamos á Piedra Blanca, habitacion aislada á la falda de la montaña á la orilla izquierda del Maymon. La posicion de esta morada en un desfiladero montañoso tenia algo de pintoresco. Su dueño, que era un anciano, la habia construido con sus propias manos; los paredes eran de palma, y el techo de *sabal* ó *caña*.

Delante de esta *buhia* habia un jardincillo con un bonito cercado de rosales.

Un senderillo estrecho, aunque muy practicable, sobre las riberas escarpadas del Maymon nos condujo á una aldea que lleva este último nombre. Salimos del bosque para entrar en una sábana encajonada en medio de las ramificaciones de una montaña cortada á pico, llamada Peguera, en cuyos picos se descubrian algunos pinos. Yo bajé para admirar la belleza de aquel cuadro, y para coger al mismo tiempo un ramo de flores; pero un fuerte aguacero que sobrevino, me impidió salir adelante con mi propósito.

Nos ibamos acercando á un arroyo que en el curso de los tiempos habia logrado hacerse una madre de 40 á 50 piés de profundidad. La cuesta que llevaba al arroyo se habia puesto muy resbaladiza por la lluvia, de modo que no salí de allí sin que mi caballo diera algunos tropezones.

Llegamos en fin á las habitaciones diseminadas en el campo que forman la aldea de Maymon, célebre en tiempo de los españoles por la riqueza de sus minas de cobre. Las casas eran todas *buhias*, ménos una que se distinguia de las otras por la elegancia de su construcción y por el crecido número de árboles frutales que habia en ella. Un molino desmantelado que estaba cerca, indicaba que antiguamente se habia cultivado allí la caña de azúcar. Al lado vi cañas de bambú de una altura extraordinaria; varias de ellas eran de 150 á 200 piés de altas.

Por séptima y última vez atravesamos Maymon; pero habia allí tantos caminos, que no sabiamos cual elegir entre ellos. Felizmente nos encontramos con algunas muchachas que nos sacaron del apuro, y bien luego llegamos á las orillas del Inna. El sol estaba ya en la mitad de su carrera, y la sombra de las *habillas* nos convidaba al descanso. En efecto, nos apeamos á tomar un bocado, y un negro anciano que pasó por allí nos dijo que el hatillo de Maymon al pié de la montaña magnética estaba mas lejós de lo que yo creia, de modo que no podriamos llegar sin ser de noche.

El camino real que debiamos seguir, atravesaba la montaña de Sing, cuyo suelo ha sido hollado por muy pocos viajeros. El camino iba hácia abajo, de modo, que

cuando nos sorprendió allí una fuerte tempestad, nuestra posicion era de las mas críticas. Los árboles se doblaban con la furia del viento, y los bejucos eran llevados por el aire como una paja; á cada paso se espantaban los caballos. La dificultad del camino, la espesura de la selva, la oscuridad que reinaba, los silbidos del viento, todo esto me produjo una impresion que no olvidaré fácilmente.

Por fin, la tormenta se apaciguó y el sol resplandecia en el horizonte despejado de nubes, cuando llegamos á la orilla del bosque. El camino se abria sobre una pradera donde estaban pastando bueyes y caballos. En la falda de una colina, al Nordeste, vimos una casita pintada de verde y blanco, cuyo tejado se veia alumbrado por los últimos reflejos del sol en el ocaso, y que presentaba la imagen de la calma despues del tumulto de los elementos. Era el hatillo de Maymon, á la falda de la montaña magnética. El dueño de esta granja, Don Adrian Vazquez, nos recibió con la mayor amabilidad. Este digno colono habia adquirido á fuerza de actividad y de trabajo una posesion de bastante importancia, pues se extendia á muchas millas sobre las riberas del Ozana.

La montaña magnética era la que naturalmente tenia para mí un vivo interés en aquellos sitios. Esta montaña ó cerro tiene unos sesenta piés de altura, y en su cúspide se eleva una magnífica palmera. Del Norte al Sur tiene una longitud de 600 piés, y al Oeste se halla bañada por las aguas del rio de Inna; la parte septentrional se halla cubierta de piedras negruzcas de tamaños diferentes, pues las hay como huevos de paloma, y otras tienen de peso hasta una tonelada. Todas estas rocas grandes ó pequeñas tienen propiedades magnéticas.

Subí por fin la colina acompañado del señor Vazquez. En las piedras que como acabo de decir difieren de volúmen, son negras algunas á causa de la oxidacion, y presentan una superficie brillante, y otras tienen matices mas ó ménos rojos. Con el anteojo de aumento se descubre que los cristales tienen la forma de octaedros, aunque hay algunos romboides. Parece increíble la influencia que ejerce esta piedra sobre la aguja imantada. Yo empleé en mis experiencias una brújula prismática de Cary y otra de bolsillo de Troughton y Simon. La aguja cuando se la acercaba al suelo experimentaba violentas agitaciones; en otros casos volvia con la mayor rapidez, hasta que al fin se detenía, y con su punta Norte indicaba la direccion del Sur. Llevándola sobre otras piedras, los movimientos eran ménos rápidos, pero siempre los palos quedaban al revés. Cuando se alzaba poco á poco la brújula sobre la peña, la influencia magnética disminuía, y cesaba enteramente á una distancia de tres ó cuatro piés. Sin embargo, la desviacion no era fija. La brújula de Cary diferia del verdadero punto Norte de un grado y medio hasta 4 grados Este. La piedra atrae con la mayor facilidad las agujas ordinarias y posee una piedrecilla de aquellas de 2 pulgadas de alta, 5 de circunferencia, y 2 granos de peso, que levanta una llave de hierro que pese 32. El señor Vazquez me contó que el mineralogista alemán, A. G. Netto, hizo excavaciones, y encontró que la masa de piedras imantadas se halla considerablemente disminuida á 6 piés de profundidad. Cerca de Cotuy se hallan tambien otras piedras que atraviesan por el camino real, pero estas tienen pocas propiedades magnéticas. En cuanto al valor del mineral diré que M. Netto lo coloca en la misma línea que el de Danemora en Suecia, y el de Arendahl en Noruega. Además, si se considera que el rio de Inna riega la falda de la montaña, y que las alturas vecinas se hallan cubiertas de árboles, se comprenden al punto las ventajas que se podrian sacar de la explotacion de esta mina.

La parte meridional de la colina es toda calcárea. Allí las piedras que se hallan expuestas al aire presentan muchos hoyos en su superficie tersa como si estuviera pulimentada; en otros sitios las piedras ofrecen caprichosos contornos. A poca distancia de esta colina hay otra que contiene mármol blanco, y cerca de esta se halla jazpe con vetas. De lo alto de la montaña imantada se disfruta de una agradable perspectiva.

El terreno es muy fértil sobre todo en la parte calcárea; el lado septentrional ó magnético fué cultivado antiguamente; ahora está cubierto de *solanums*. A unas dos millas hácia el Sud-Oeste hubo en otro tiempo una mina de cobre famosa, que explotaron los españoles. El mineral daba además del cobre un 8 por 100 de oro. El profesor Meiner, segun cuenta el mineralogista Haupt, obtuvo de cada quintal de mineral de Maymon media onza de oro, onza y media de plata, y 43 por 100 de cobre.

Anécdota.

Sabido es que cuando el cólera ó alguna otra enfermedad epidémica se anuncian en alguna parte, la manera mas comun de indicar su existencia consiste en decir que se han presentado tantos ó cuantos casos.

Decimos esto para que se comprenda la gracia del siguiente diálogo entablado entre dos personajes españoles hace tres años:

- ¿Porqué se va Vd. de España? decia uno de ellos.
- Porque se acerca el cólera, respondió el otro.
- Todavía no ha llegado, dijo el primero; bien podia Vd. esperar algunos dias mas.
- No, repuso el segundo, no me espero porque no quiero ser caso.

EL SERENO

CANCION ANDALUZA CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

POR EL SEÑOR DON MANUEL RODRIGUEZ

MUSICA DEL MAESTRO YRADIER.

PIANO.

Piano introduction musical notation in 3/8 time, featuring a treble and bass clef with a key signature of one flat (B-flat).

First system of the song, including the vocal line and piano accompaniment. The lyrics are: "Con mi fa-rol y mi chu-zo Mi pa-no-sa y"

Second system of the song, including the vocal line and piano accompaniment. The lyrics are: "michan-ber-go Con mi Ni me a co-bar-dan las llu-vias Ni me a-me-dren-tan los true-nos." The piano part includes first and second endings.

Third system of the song, including the vocal line and piano accompaniment. The lyrics are: "Nai de me to-ce en er bar-rio Pue a toos im-pon-go mie-o Y siar-gu-no se des-cui-da"

Fourth system of the song, including the vocal line and piano accompaniment. The lyrics are: "Ya tie-ne car-ce pa tiem-po Y si ar-gu-no se des-cui-da Ya tie-ne car-ce pa tiem"

po A - ve, Ma - ri - a pu - ris - si - ma las on ce han - da - doy - se - re - no Duerme ni - ña mi - a - - - Duer - me ni - ña en

paz - - - - Que a. pie - de - - - re - jas o - le tu Ma - no - lo es - tá. - - - - 1^{ma} 2^{da} - ta. - - - - Las

on - - - - ce - y se re - - - - no. - - - - 8^{va}

Procédés de Tantenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.—Paris.

2.

¿Qué jace osté Mariquiya?
¿Está osté tomando er frezco?
Mire bien pichona mia
Que er relente no é na güeno
Si er gache que la camela
Sorvidó é sus juramentos,
Para cualquier apurillo
Por sustituto me ofrezco

¡ Ave María purísima !!!!.....
Las doce han dado y sereno....
Duerme niña mia, etc.

3.

¿Si toco er pito? ¡ Dios mio!
Sarvorota er mundo entero,
Ni la trompeta er juicio
A erresucita mas muertos
Y aunque vengan cien demonios
Con sus rabos y sus cuernos
Como quce zeñal é uno
Que me corten el pezcuezo

¡ Ave María purísima !!!!.....
Las tres han dado y sereno....
Duerme niña mia, etc.

4.

Lo mezmito que lechuzas
Son las jembras e este pueblo,
Pue é noche salen toas
A buzarse el alimento
Toas van muy tapaitas
Mas conmigo no hay remedio,
Que yo ce too lo que pasa
Maa á nadie lo revelo.

¡ Ave María purísima !!!!.....
Las cuatro han dado y lloviendo....
Duerme niña mia, etc.

5.

Naa le importa á mi currilla
Que me cale hasta los huesos,
Pue así la remonona
Me zuele encontra ma tierno
Que este moso tan cosio
Que mete aquí tanto estruendo
Cuando está con su gachona
E ma manso que un cordero

¡ Ave María purísima !!!!.....
Las cinco han dado y sereno....
Duerme niña mia, etc.

El cobero de cabriolé.

(CONCLUSION.)

— Pues bien; confiadme vuestros pesares, pues no me induce á saberlo la curiosidad, sino el deseo de seros útil: creo que no debéis mirarme como á un extraño.

— ¡Oh, no! porque el hombre que expone su vida por salvar la de su semejante debe abrigar un corazón generoso. Estoy segura de que no habeis abandonado á una pobre mujer, exponiéndola al oprobio ó á la muerte. Sí; voy á referiros... Mas permitid que escriba á mi padre, á quien dejé una carta, dándole cuenta de la resolución que habia tomado de quitarme la vida. Estoy segura de que no os opondréis á que venga á verme. ¡Ah! Con tal que, en medio de su dolor, no haya cometido algun acto de desesperación... Necesito llorar en su seno, porque eso me aliviará tanto...

— Escribid, escribid, la dijo mi amo, acercándole papel y el tintero. ¿Quién se atrevería á retardar un instante la reunión de un padre y de una hija, que han creído separarse para siempre? Os ruego que escribais sin perder momento. ¡Oh, cuánto debe sufrir vuestro desgraciado padre!

La señora María, despues de haber llenado una cara, preguntó las señas de la casa en que se hallaba:

— Calle del Bac, número 31, contesté sin vacilar.
— ¡Calle del Bac... número 31! repitió ella con asombro y dejando caer la pluma y el tintero. ¡Ah! Tal vez me ha conducido la Providencia á esta casa...

Mi amo no sabia que pensar.
— Comprendo vuestra admiración, le dijo la señorita María; pero no tardaréis en conocer que es muy natural el efecto que en mí han producido las señas de esta casa.

Al mismo tiempo le entregó la carta para su padre.
— Cantillon, lleva esta carta.

Echo una ojeada al sobre, y respondo:
— Hay una buena tirada.
— No importa; toma un cabriolé, y componte de modo que estés aquí dentro de media hora.

Vuelo á la calle, pasa un cabriolé, y grito al cobero: Cien sueldos por ir á la calle de San Víctor y volver aquí.

De vez en cuando me convendría una carrera como aquella. Nos detenemos delante de una casa y llamo á la puerta: la portera abre refunfuñando.

— Bien; refunfuña cuanto quieras. ¿Está M. Dumont?
— ¡Ah, Dios del cielo! ¿Traéis noticias de su hija?
— Y noticias buenas.
— Piso quinto, al fin de la escalera.

Me encaramo como un gamo, y veo una puerta entreabierta; miro hacia adentro, y diviso á un anciano militar, llorando en silencio, besando una carta y cargando dos pistolas. Entónces murmuró entre dientes: Este debe ser el padre.

Empujo la puerta, y digo: Vengo de parte de la señorita María, y me voy.

El anciano vuelve la cabeza, y pálido como un muerto exclama:
— ¡Mi hija!

— Sí; la señorita María. ¿Sois M. Dumont, capitán de caballería del Imperio?

Mi hombre movió afirmativamente la cabeza.
— Pues tomad esta carta.

Hizolo así temblando, y no bien la hubo recorrido con la vista, cuando exclamó:

— ¡Vive y tu amo la ha salvado! Llévame á su lado al instante... Toma, toma, amigo mio.

Metió las manos en un cajón, y sacando unas cuantas monedas de cinco francos, me las introdujo en el bolsillo. Las recibí por no humillarle; pero examiné el aposento, y dije para mi capote: Vamos, aquí nada sobra. Hice una pirueta, deslicé las monedas detrás de un busto de Napoleón, y dije:

— Muchas gracias, capitán.
— ¿Estás pronto?
— Os espero.

Ya estamos en el cabriolé.

— Sin indiscreción, capitán, ¿qué queriais hacer con las pistolas que estabais cargando?

Respondióme frunciendo las cejas: Una de ellas era para un miserable á quien nunca perdonaré: la otra para mí.

— En tal caso, repuse, me alegro haber llegado á tiempo.

— ¡Oh! Todavía no está todo concluido; pero cuéntame de qué modo tu excelente amo ha salvado á mi pobre María.

Le referí el caso, y él lloraba como una criatura.

— ¡Ah! exclamó de pronto. El nombre, el nombre de tu amo, para que yo le bendiga y pida al cielo por él... ¿Y el médico? ¿Qué es lo que dice? ¿No hay peligro?

Llegamos por fin á fuerza de correr, y el capitán me dijo:

— Ayúdame, amigo mio, porque me faltan las fuerzas.
¡Pobre hombre! Parecía un cadáver. Se cogió de mi brazo, y su corazón palpitaba con fuerza. — ¡Y si la encuentro muerta! murmuró de pronto.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de la habitación, y oímos una voz que gritaba: — ¡Padre mio, padre mio! — ¡Es ella! dijo el capitán. Y el anciano, que temblaba poco ántes, se lanzó como un joven, entró en el cuarto sin saludar á nadie, y cayó sobre el lecho de la joven exclamando: ¡María! ¡Mi pobre María! ¡Hija mia!

Cuando yo entré, era aquello una desolación. El padre besaba el rostro de su hija con sus blancos bigotes: la enfermera lloraba, M. Eugenio lloraba, y yo... yo tambien lloraba.

Mi amo nos dijo á la enfermera y á mí: Es preciso que se queden solos.

Salimos los tres, y en seguida añadió acercándose á mi oído:

— Ten cuidado cuando llegue Alfredo de Linar, y suplicale que entre á hablar conmigo.

Púseme de vigilante en la escalera, y un cuarto de hora despues subia M. Alfredo, á quien dije cortesmente:

— Mi amo desea deciros dos palabras.

— ¡Y qué! me contesta con orgullo, ¿no puede tu amo esperar hasta mañana?

— Parece que no, pues quiere hablaros ahora mismo.

— Bueno: ¿y dónde está?

— Aquí, contesta M. Eugenio, que nos habia oido. ¿Teneis la bondad, caballero, de entrar en este aposento? añadió señalando el que ocupaba María. Por mi parte, nada comprendia.

Abro la puerta... el capitán se retira á un gabinete haciéndome señas de que espere hasta que se oculte. En seguida me vuelvo y digo:

— Entrad, caballeros.

Mi amo empuja á M. Alfredo hacia adentro, me hace salir, cierra la puerta, y ambos nos quedamos fuera. Una voz temblorosa exclama:

— ¡Alfredo!

Y este admirado contesta:
— ¡María, María! ¡Vos aquí!

— ¡Ah! observé yo: es decir que M. Alfredo...
— ¡Silencio! repuso mi amo: escuchemos desde aquí.

Al principio solo oímos á la señorita María, que al parecer suplicaba á M. Alfredo: al fin respondió este:

— No, María; es imposible; estais loca; yo no puedo casarme, porque dependo de una familia que no lo permitiria: pero soy rico, y si el oro...

Al llegar aquí, se convirtió la escena en un campo de Agramante. Por no tomarse el trabajo de abrir la puerta del gabinete, el capitán la hizo saltar de una patada. La señorita María arrojó un grito, y el capitán un juramento que hizo temblar toda la casa. Mi amo me dijo entónces:

— Entremos.

Ya era tiempo, pues el capitán Dumont sujetaba á M. Alfredo con una rodilla que le habia puesto al pecho, y le retoreía el pescuezo, como si fuera un gallo. Mi amo los separó.

M. Alfredo se levantó pálido, con los ojos encendidos y los dientes apretados: no dirigió una sola mirada á la señorita María, que se habia desmayado; pero se acercó á mi amo y le dijo:

— No sabia que vuestra habitacion fuese una caverna de asesinos; pero no volveré entrar en ella sin una pistola en cada mano.

— Así espero veros, le contestó mi amo, pues si entráis de otro modo, os pediré que salgáis.

— Capitán, añadió M. Alfredo, tambien tengo otra cuenta con vos.

— Y vais á pagármela.

— Perfectamente.

— Ya empieza á amanecer; traed armas.

— Tengo espadas y pistolas, observó mi amo.

— Pues bien, dijo M. Alfredo, dentro de una hora al bosque de Boloña, puerta Maillot.

— Estamos prontos, contestaron el capitán y mi amo.

Quedaron estos en el cuarto; el capitán se inclinó sobre el lecho de su hija, y M. Eugenio quiso llamar para que la socorriesen.

— No, dijo M. Dumont; mas vale que ignore todo esto. Adios, hija mia. Si muero me vengaréis, M. Eugenio, ¿no es verdad? Tampoco abandonaréis á la huérfana.

— Os lo juro, capitán: Cantillon, trae un fiacre.

— Está bien. ¿Me permitís que os acompañe?

— Sí, amigo mio.

El capitán abrazó á su hija, llamó á la enfermera, y la dijo:

— Haced que recobre los sentidos, y si pregunta por mí, aseguradla que pronto volveré. ¡Ea, amigo mio! marchemos.

Cuando volví con el fiacre ya me esperaban en la calle: el capitán llevaba pistolas en los bolsillos, y M. Eugenio dos espadas debajo de la capa.

— Cobero, al bosque de Boloña.

— Si muero, dijo el capitán á mi amo, entregaréis á mi pobre María esta sortija que era de su madre. Además, dispondréis que se me entierre con mi cruz y mi espada. No tengo mas amigos que vos, ni mas pariente que mi hija: así pues, mi hija y vos acompañaréis mi ataúd.

— ¿Porqué pensais tan tristemente, capitán?

Este se sonrió con amargura y contestó:

— Todo me ha salido mal desde 1815. Ya que me habeis ofrecido no abandonar á María, mejor será para ella un protector joven y rico que un padre viejo y pobre.

Un cabriolé seguia al nuestro, y M. Alfredo se apeó de él con sus dos padrinos: uno de estos se nos acercó y dijo:

— ¿Qué armas, capitán?

— Pistolas, respondió este.

— Quédate en el fiacre y cuida de las espadas, me dijo mi amo.

Y al punto se metieron los cinco en el bosque.

Apénas habian trascurrido diez minutos, cuando oí dos pistolazos: di un salto, como si no esperase aquello... uno de los dos habia muerto, porque pasaron otros diez minutos sin que el fuego se repitiese.

Yo me hallaba en el fondo del fiacre y no osaba moverme: de pronto se abrió la portezuela y me dijo mi amo:

— Cantillon, vengan las espadas.

Se las di, y cuando las recibí noté que tenia en el dedo la sortija del capitán.

— ¿Y... M. Dumont?... le pregunté.

— Muerto.

— Por Dios, permitidme que os siga.

— Ven si quieres.

Salté del fiacre, pero mi corazón era entónces tan pequeño como un grano de mostaza. Mi amo entró en el bosque, y encontramos M. Alfredo riéndose con sus dos padrinos.

— Cuidado, me dijo M. Eugenio empujándome. Miré al suelo, y vi el cuerpo del capitán.

Mi amo se adelantó hacia el grupo, puso las espadas en tierra, y dijo:

— Podeis medirlas.

— ¿No quereis aplazar el duelo para mañana? le preguntó uno de los padrinos.

— Imposible.

— No hay cuidado, repuso M. Alfredo; del primer combate he salido bien y no siento fatiga alguna; sin embargo, beberia con gusto un vaso de agua.

— Cantillon, trae un vaso de agua para M. Alfredo.

Yo tenia tantas ganas de obedecer como de ser ahorcado. M. Eugenio me hizo una señal con la mano, y tomé el camino de la fonda situada á la entrada del bosque. Al punto estuve de vuelta, y al presentar á M. Alfredo el vaso de agua, murmuré: ¡Si te sirviera de veneno!... Cuando lo tomó no temblaba su mano, pero observé despues que habia apretado mucho el cristal entre sus dientes, pues me lo entregó roto por el borde.

Entónces vi que mi amo estaba ya preparado para el duelo: solo habia conservado en su cuerpo el pantalón y la camisa, cuyas mangas tenia remangadas hasta mas arriba de los codos. Acerquéme á él y le pregunté:

— ¿Nada quereis ordenarme?

— No, me dijo: no tengo padre ni madre: si muero... Y escribió unas cuantas palabras con su lapicero.

— Entregarás este papel á María.

Dirigió una mirada al cadáver del capitán, y se fué hacia su adversario, diciendo:

— Cuando gustéis.

— ¿Pero no teneis padrino? observó Alfredo.

— Uno de los vuestros puede serlo.

— Ernesto, pasad al lado de M. Eugenio.

El otro padrino cogió las espadas, colocó á los dos adversarios á cuatro pasos uno de otro, les puso las espadas en las manos, cruzó las dos hojas, y se apartó diciendo:

— ¡Adelante!

Al mismo tiempo los dos adelantaron un paso, y sus aceros se encontraron junto á la empuñadura.

— Retroceded, dijo mi amo.

— Nunca soy el primero, respondió M. Alfredo.

— Está bien.

M. Eugenio retrocedió un paso, y quedó en guardia. Trascurrieron diez minutos horribles.

Las espadas se enroscaron como dos culebras: M. Alfredo era el único que atacaba, y mi amo, siguiendo con la vista todos sus movimientos, paraba los golpes con el mismo aplomo que hubiera tenido en una sala de armas. Mi rabia no conocia limites; y si hubiese estado allí el criado del otro, le hubiera desollado vivo de buena gana.

El combate proseguia: M. Alfredo se reia amargamente; pero mi amo permanecia frio y sosegado.

— ¡Ah! gritó el primero.

Su espada habia tocado á mi amo en el brazo, y corria la sangre.

— No es nada, adelante, dijo M. Eugenio.

Yo sudaba á mares.

Los padrinos se acercaron, pero mi amo les advirtió por señas que se alejasen: su contrario aprovechó aquel movimiento y partió á fondo; mi amo llegó tarde á la parada en segunda, y brotó sangre de su muslo. Yo me senté en la yerba, porque las piernas no me sostenian.

M. Eugenio no perdía su serenidad: lo único que hacia era apretar los dientes: su contrario sudaba como un condenado y se debilitaba de minuto en minuto. Por fin mi amo avanzó un paso, y M. Alfredo retrocedió, tirando una estocada, que paró su enemigo con tal fuerza, que le obligó á hacer un saludo con la espada: de este modo dejó el pecho descubierto, y el acero de mi amo penetró en él hasta la guarnición.

M. Alfredo extendió los brazos, abandonó el arma y permaneció en pie, porque la espada le sostenia: en cuanto M. Eugenio la retiró, cayó al suelo.

— ¿Me he conducido como un hombre de honor? preguntó á los padrinos.

Estos le respondieron afirmativamente y se acercaron á M. Alfredo. Mi amo me dijo entónces:

— Vuelve á Paris y lleva á casa un escribano; quiero encontrarle en ella cuando llegue.

— Si es para que M. Alfredo haga su testamento, tiempo perdido, porque se retuerce como una anguila y vomita sangre, lo cual es muy mal agüero.

— No es para eso.

— ¿Y para qué era? pregunté yo interrumpiendo al cobero.

— Para casarse con la señorita María y reconocer á su hijo.

— ¿Y lo hizo así?

— Por supuesto. Despues de concluido todo, me dijo :

— Cantillon, mi esposa y yo vamos á viajar ; quisiera llevarte ; pero ya conoces que tu presencia le causaria mucha pena. Ahí tienes mil francos, el cabriolé y el caballo ; dispon de tu persona, y cuando me necesites no acudas á ningun otro.

Eché mis cuentas y me hice cocheró. Ya sabeis mi historia.

— ¿A dónde quereis que os lleve?

— A mi casa.

Entré en ella y escribí la historia de Cantillon del mismo modo que él me la habia contado.

ALEJANDRO DUMAS.

D. Alonso de Madrigal.

EL TOSTADO.

La tradicion, que ha hecho llegar hasta nuestros dias el nombre del *Tostado* como término de ponderacion cuando se trata de ponderar lo mucho que alguno ha escrito, tiene fundado origen en el gran número de obras que aquel personaje dió á luz en un siglo en que eran tan escasas las publicaciones como los hombres dedicados á las letras.

Nació el año de 1415, en Madrigal, villa del obispado de Avila, de una familia ilustre; fueron sus padres Alonso Tostado ó Isabel de Ribera. Siguiendo la costumbre de los hombres doctos de aquel tiempo, no tomó el apellido de sus padres, sino el de la villa en que nació, ilustrando á su patria mas bien que á sus progenitores, y así fué siempre conocido por Alonso de Madrigal. Cursó los estudios en la universidad de Salamanca, con tal aprovechamiento, que contando apenas veinte años de edad, recibió la borla de doctor, y enseñó á los que poco ántes eran sus condiscipulos la filosofía, teología y derechos. Los cronistas de su siglo y los del siguiente cuentan maravillas de la rara memoria del Tostado, llegando Gonzalo de Ayora á afirmar, que habiendo leído un libro una sola vez lo escribió, dice, *sin palabra mas ni ménos*. Perseveraba en el estudio, aprovechando la riqueza del tiempo, y como dice Pulgar: « El tiempo que se pasaba siempre le tenia presente, porque gozaba en el presente de lo que en el pasado habia aprendido. » El doctor Fontaño afirma, á propósito de su memoria y constancia en el estudio, « que sin maestro aprendió las artes liberales, con tanta perfeccion, que llegó á la cumbre de ellas. »

Llegando la fama de su saber y santidad á Roma, quiso el papa Eugenio IV aprovecharse de sus vastos conocimientos, y al efecto le llamó á su lado con pomposas ofertas que el Tostado refusó cortesmente, pretextando que no queria por entónces salir de Salamanca; Eugenio IV se apresuró á demostrar el aprecio que hacia de su saber nombrándole canónigo y *maestrescuela* de aquella catedral; este último cargo solo era confiado entónces á la suprema sabiduria. Ejercitándole dió en varias ocasiones inequívocas pruebas de la sobrada suficiencia que le adornaba para desempeñarle con lucimiento, y merece particular mencion un hecho entónces célebre, que demuestra la rectitud de principios y la firmeza de carácter del Tostado.

Sucedió, que habiendo cometido un estudiante una ligera falta, fué preso por el corregidor, que sin acatar las preeminencias del *maestrescuela*, se propuso castigar á ásperamente al delincuente. Expuso el Tostado sus quejas al corregidor por haberse introducido en su jurisdiccion, rogándole al mismo tiempo le enviase al preso, que sería castigado con arreglo á las leyes; pero como que fuese desoída su justa demanda, fué en persona á la cárcel, sacó de ella al estudiante, y le trasladó á su natural encierro, y porque el corregidor *contravino á los derechos sacros y se mostró contumaz en la obediencia de ellos*, le puso entredicho. Llegado el caso á noticia del rey D. Juan II, mandó al Tostado que alzase la censura y absolviese de todo punto al corregidor, mandato que recibió D. Alonso con firme propósito de no obedecer, puesto que el rey habia sido mal informado por su adversario. A darle estrecha cuenta de lo ocurrido se trasladó á la corte el celoso catedrático, y como despues de enterado el rey insistiese en que habia de absolver á su ministro, negóse abiertamente, diciendo que no lo haria hasta que el corregidor viniese en obediencia de la iglesia ó hiciese penitencia por la ofensa pública. Enojado el rey, le replicó que obedeciese ó le mandaria cortar la cabeza, á cuyas palabras respondió D. Alonso, « que la del cuerpo podia, mas que la del alma no, » añadiendo: « alto interés sacaria de mis trabajos, si mereciese morir por dar favor á la razon y á la justicia. » La firmeza con que fueron pronunciadas estas palabras convencieron al rey de la razon que debia asistir á quien de tal modo despreciaba la vida por no faltar al cumplimiento de sus deberes; depuso, pues, su enojo, y mandó que el corregidor se sujetase á la pena que merecia su falta. Condenóle el Tostado « á que desde Aldeavenga, que dista mas de una legua de Salamanca, viniese á pié, la cabeza descubierta, descalzo, vestido con un saco de sayal y una hacha encendida » hasta la santa iglesia de Salamanca. » Se dió principio á esta penitencia, con gran concurso de espectadores que acudieron llamados de la celebridad del caso, pero el Tostado satisfecho con las primeras demostraciones,

mandó que no se continuase, y que el corregidor tornase á vestir sus hábitos.

La celebridad que le dió este caso atizó la emulacion de sus contrarios á quienes en diferentes certámenes y conclusiones habia vencido públicamente, pero no por esto renunciaban á la loca pretension de derribarle del alto puesto en que justamente le habian elevado sus méritos; así, en una carta que D. Alonso escribió al arzobispo de Toledo, decia de sus adversarios « que á guisa de rabiosos perros, roncós y de ladrar le perseguian, » y confiesa « que algunos eran gallardos, robustos y poderosos, » como que entre ellos, si bien el mas generoso y franco, se contaba el ilustre cardenal Torquemada. En estas controversias teológicas le abandonaron la mayor parte de sus amigos, por lo que instado segunda vez por el Papa, se dirigió á Roma, en donde, á presencia de Su Santidad, se defendió de los ataques de los hombres mas doctos de su siglo que, llamados de la fama de D. Alonso, se disputaban la gloria de vencerle, y como en repetidos certámenes predominase su elocuencia, quedó reconocida la superioridad de su talento entre todos los sabios de la iglesia. Los sofismos teológicos de aquellos tiempos, combatíalos con argumentos claros y razonamientos textables.

A su regreso á España entregóse á las dulzuras del estudio, buscando en la soledad de la Cartuja un asilo que hubiera conservado toda su vida, si el rey no le hubiera llamado á la corte, haciéndole sucesivamente su consejero, abad de la colegiata de Valladolid, y últimamente obispo de Avila. « Aquí fué, dice un biógrafo, » donde resplandeció mas la amable bondad de su corazón, no ménos admirable en las virtudes que su espíritu en los conocimientos. Era generoso, afable, benéfico, puro en sus costumbres, y poseia en grado eminente la mas bella de las buenas prendas, el amor á los otros hombres. » Incansable en el trabajo, llevaba por norte algunas de sus máximas: « Los hombres viviendo ociosos aprenden á vivir mas. El ocioso para nadie vive. »

Corria el año de 1455 cuando le sorprendió la muerte, hallándose en Bonilla de la Sierra, donde acostumbraban retirarse los obispos de Avila. Su cuerpo fué sepultado en el coro de la iglesia catedral, hasta que el año de 1621 fué trasladado tras el coro mayor de la dicha iglesia, y colocado en un sepulcro de alabastro, el mas vistoso que se conoció en aquellos tiempos. Leianse dos epitafios; el uno decia:

Aquí yace sepultado
Quien virgen nació y murió
En ciencias mas esmerado,
El nuestro obispo Tostado,
Que nuestra nacion honró!
Es muy cierto que escribió
Por cada dia tres pliegos,
De los dias que vivió:
Su doctrina así alumbró,
Que hace ver á los ciegos.

Parécenos de mucha importancia para los bibliográficos apuntar aquí los volúmenes que escribió el insigne Tostado, como asimismo las materias de que tratan con lo cual quedará demostrada su rara fecundidad y constancia en el trabajo. Su lenguaje no es siempre el mas correcto, pues como él mismo dice, atendia en sus escritos « á la sustancia de lo que conviene, mas que al regalo y gracia del bien decir, » con lo cual se halla conforme Hernando del Pulgar, cuando escribe del Tostado, que « resplandecia en él mas la lumbre de la ciencia, que el florecer de la lengua. » La lista ó índice de sus escritos, además de infinitas cartas dirigidas á principes y grandes señores es como sigue:

Un tomo sobre el Génesis; sobre Exodo dos; uno sobre el Levítico; dos sobre los Números; uno sobre el Deuteronomio; dos sobre Josué; sobre los Jueces, uno; sobre el primer libro de los Reyes, dos tomos; sobre el segundo, uno; sobre el tercero, otro; sobre el cuarto; dos sobre el Paralipomenor; siete sobre san Mateo.

Los escritos que dejó escritos fueron: el Defensorio de sus proposiciones; las Paradojas; un libro de *Trinitate*; otro sobre las palabras *Ecce Virgo concipiet*; otro contra los sacerdotes públicos concubinaros; otro del estado de las almas despues de esta vida, un tratado de alegorías del Viejo Testamento; otro del buen gobierno público; otro de las cinco leyes de la ley cristiana; otro del origen y distincion de las jurisdicciones; otro de descripciones; otro de prescripciones; otro de la potestad del Papa; otro de la reformacion de la santa Iglesia; otro de indulgencias; otro de una mujer sarracena convertida á la ley de Moisés; otro de la descripcion de la Tierra Santa; otro de los hados de Medea; otro del error de la bendiccion de Isaac; otro de sermones del tiempo; otro de sermones de las ferias de la cuaresma; otro de sermones de santos; otro sobre el amor y la amistad que dedicó á la reina de Castilla; otro de los concilios generales; otro sobre la monarquía; otro sobre el error del calendario; otro contra los judíos; otro contra los errores del Alcoran; otro sobre el confesonario; cinco sobre el cronicon de Eusebio; un tratado de los dioses de la gentilidad; una respuesta sobre cuatro cuestiones que le propuso el obispo de Palencia, la cual se imprimió en Amberes en 1554; un tratado impreso en 1617, sobre la exposicion de la misa; un libro de la verdadera amistad, dedicado á D. Juan II.

Por 1647, permanecian todavía todos los originales de estas obras en la librería del colegio de San Bartolomé de Salamanca.

Además de las obras enumeradas, escribió otro libro sobre la Epístola de san Pedro á los hebreos, y otro sumamente curioso, caza y volateria. Muchas de las obras del Tostado mandó imprimir el emperador Carlos V, y en tiempo de Felipe II se reimprimieron varias en Venecia, Amberes, Sevilla y Salamanca, y últimamente, en 1613, se reimprimieron todas sus obras latinas en Colonia.

Fué hombre de mediana estatura, bien proporcionado de miembros, tenia la cabeza grande, su rostro era grave y dulce á la par, formaba la severidad de sus principios con la mansedumbre de su bello carácter.

En los archivos de la santa iglesia catedral de Salamanca se conservaron por mucho tiempo escritos suyos, los que firma siempre, *Maestro Alonso de Madrigal*.

MANUEL JUAN DIANA.

De la emigracion inglesa.

Los comisarios generales de la emigracion (*Colonia land and emigration commissioners*) acaban de transmitir al secretario de Estado de las colonias su informe anual, que contiene numerosos é instructivos detalles que intentaremos abordar en un análisis sucinto; pero nos parece útil apoderarnos de algunos puntos esenciales, de aquellos que establecen los efectos prácticos de la emigracion, tanto respecto del país que la soporta, como respecto de aquel que se aprovecha de ella.

El número total de los emigrados sube en 1852 á 368,764, ó sea un aumento de 23 1/2 p. 0/0 sobre el término medio anual de los seis años últimos, y de 9 y 3/4 sobre el de 1851. Por espacio de muchos años la emigracion se reclutaba casi exclusivamente en Irlanda: los 9/10 de los pasajeros que se embarcaban en Liverpool para los Estados-Unidos ó el Canadá eran originarios de este país. La Irlanda suministra todavía á la emigracion un contingente considerable de 124,997 individuos, pero este número, por elevado que parezca, es siempre inferior en 29,540 al de 1851.

La explicacion mas sencilla que se puede dar de este hecho, es que la fuente de la emigracion irlandesa comienza á agotarse. Haciéndose general, la emigracion ha dejado de ser necesaria, á lo ménos en igual grado. Los irlandeses abandonaban su patria, porque se hallan incómoda y estrechamente; hoy que un trabajo mas abundante y mejor retribuido les procura un bienestar relativo, es muy natural que no se sientan inclinados á buscar en otras regiones lo que hallan en su país. La disminucion hubiera sido mas considerable, sino por la atraccion que ejercen en los irlandeses de Europa los de los Estados-Unidos y los del Canadá. Con efecto, estos han enviado el año último mas de 30 millones de francos por el correo y casas de banqueros para pagar el viaje de los parientes y amigos que habian dejado aquí.

Examinemos ahora la distribucion de los emigrados entre los diversos países á que se dirigen. Mientras que el número de los emigrados á toda otra parte que la Australia sufría en 1852 una disminucion de 33,551 sobre el de 1851, aumentaba en 66,349 para las colonias australianas, subiendo desde 21,532 en 1851, á 87,881 al año siguiente; de este número, 53,529 se han embarcado á sus expensas, y 34,352 han conseguido el pasaje grátis. Puede causar admiracion en vista del movimiento espontáneo de la emigracion hácia esos parajes, y cuando la explotacion de las minas de oro parecia deber ofrecer bastante aliciente el que las colonias de la Australia hayan juzgado necesario todavía el seguir ofreciendo subsidios que la estimularan. Esta impaciencia de los colonos se explica por la necesidad que sentian de reemplazar á los numerosos trabajadores que les robaba la explotacion de las minas; ellos han comprendido que les convenia á toda costa conservar el carácter agrícola de sus establecimientos; la produccion de la lana ha guardado á sus ojos mas interés que la del oro, y su preocupacion el año último ha sido salvar el esquilmo. Lo han logrado, porque, á pesar de pronósticos contrarios, la lana expedida de Australia á Inglaterra ha igualado poco mas ó ménos á la del año anterior.

Hay otro hecho digno de notarse.

Antes de descubrir los criaderos del oro, los colonos pedian gente robusta, y habituada á trabajos penosos. En 1852 han tenido que hacer un encargo diferente, pidiendo á sus agentes personas ménos vigorosas, de un carácter ménos enérgico, alegando que así podrian retenerlos con mayor seguridad en los trabajos agrícolas, y tendrian ménos tentaciones de renunciar al campo por las minas; por esta razon, les han enviado de Inglaterra tegedores, hilanderos, carmenadores de lino, que se habian negado ántes á recibir pagándoles el viaje. Además, como la emigracion espontánea se componia exclusivamente de varones, se ha tomado el partido de no conceder pasaje á hombres que emigran solos, ó á familias que tienen mas hijos que hijas; de esta suerte se ha logrado enviar á la Australia un número relativamente considerable de mujeres, y aun para alentar la emigracion se ha debido admitir una gran cantidad de niños. Es decir, que por la fuerza de las cosas, y á despecho del cebo del oro, la Australia ha continuado reclutando todos los elementos favorables á la colonizacion agrícola, que el buen sentido de la raza anglosajona considera como el mas precioso manantial de riqueza.

El Observatorio de Herschel en Fildhansen (cabo de Buena-Esperanza).

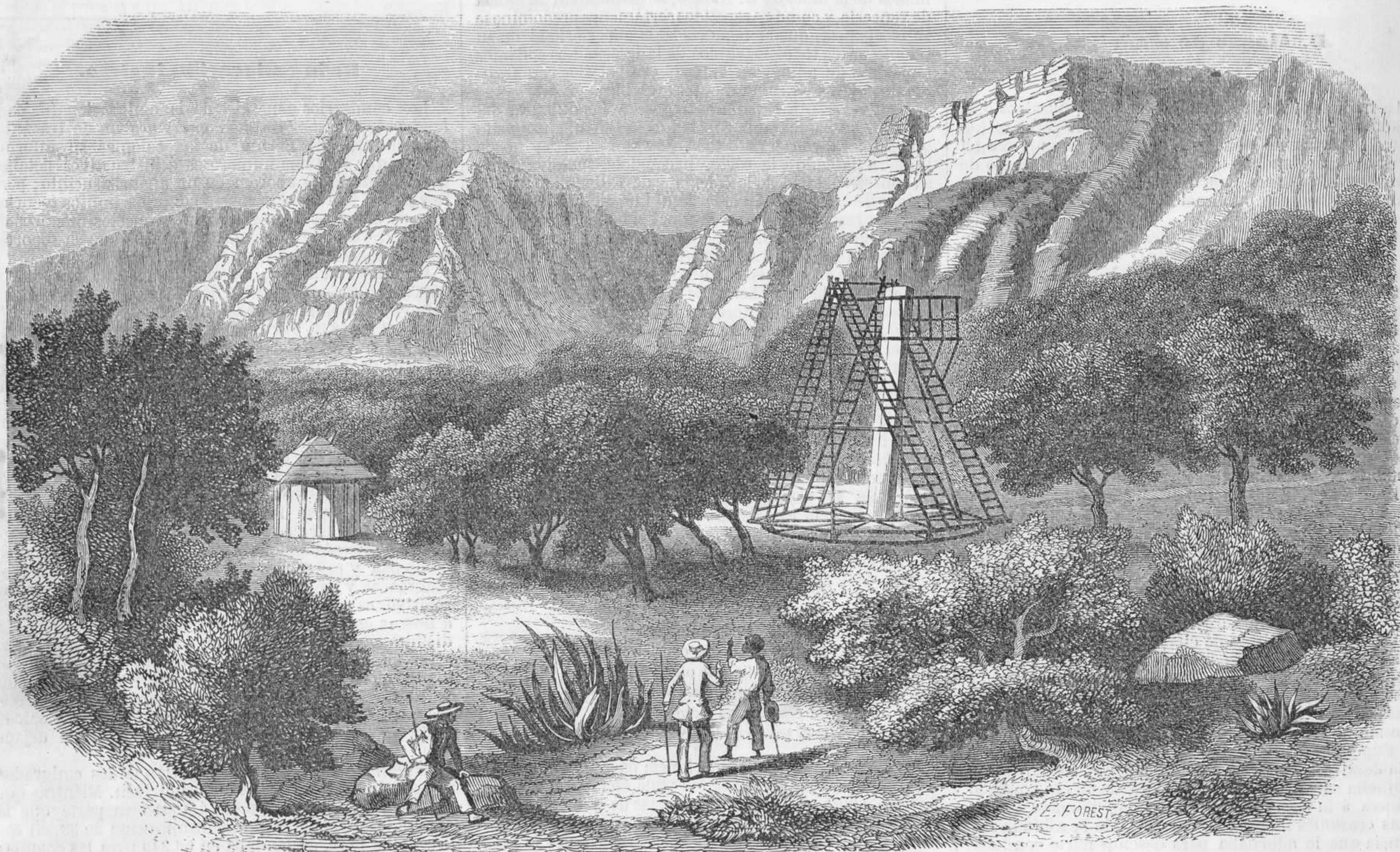
En 1833 partió una expedición de los puertos de Inglaterra llevando al cabo de Buena-Esperanza al ilustre astrónomo sir John Herschel que iba á consagrar cinco años á hacer observaciones científicas, auxiliado por instrumentos de una potencia inmensa. Rindiendo el debido homenaje á la perseverancia desplegada por el sabio en estos cinco años, debemos también elogiar la generosa conducta del duque de Northumberland que pagó los gastos de la expedición; ejemplo que en honor de la verdad no se presenta aislado en los anales ingleses.

El principal objeto del viaje de Herschel era la obser-

vación de las *nebulosas*, nombre con que son designadas ciertas manchas blanquecinas que se ven en el cielo, remediando en pequeño el efecto de la vía láctea. Algunas de dichas manchas llevan la genérica denominación de resolubles, es decir que desde luego se presentan en forma de grupo de estrellas.

Siguiendo los pasos de su padre, sir Herschel se ha dedicado al estudio de este fenómeno celeste, pero para realizarlo necesitaba un instrumento de mas fuerza que todos los empleados hasta entónces. Desde 1825, Herschel, padre, habia concebido el maravilloso telescopio que lleva su nombre y que habia servido á sus obser-

vaciones, pero Herschel, hijo, no pudo emprender su viaje hasta 1833 por hallarse entregado á otros trabajos importantes. Durante este tiempo puso en órden las observaciones hechas por su padre que comprendian 2306 nebulosas y grupos de estrellas, de las cuales 1781 habian sido ya descubiertas, y 525 eran enteramente nuevas. Terminado este trabajo, que duró ocho años, quiso llevar sus investigaciones á otro hemisferio, auxiliado por el mismo instrumento. Aquí debemos decir que el telescopio tiene un foco de 20 piés ingleses, lo que nos parecería extraordinario si no conociésemos el del lord Ross que tiene 45 piés.



Sea como quiera, Herschel se embarcó llevando su telescopio. Un anteojo ecuatorial de cinco pulgadas de diámetro y siete piés de distancia focal, y algunos otros instrumentos. Llegado felizmente al Cabo, buscó ante todo un sitio á propósito en la pendiente de una montaña donde no tuviera el inconveniente de tocar con las nubes que siempre abundan en la cumbre, hallándose al mismo tiempo al abrigo de los vientos que con frecuencia merecen allí el nombre de huracanes. El dibujo que hoy damos sobre el particular nos dispensa la tarea de dar nuevos detalles acerca del lugar tan acertadamente escogido por sir John Herschel para establecer su observatorio.

El 24 de febrero de 1834 pudo ya el astrónomo empezar á satisfacer su curiosidad: una nebulosa se presentó en situación y distancia convenientes para ser observada. Despues colocó el anteojo ecuatorial sobre una sólida construcción de ladrillo y cimient romano, cuyo techo podia girar libremente, y el 2 de mayo dió princi-

pio á su serie de medidas microscópicas de las estrellas dobles de aquel hemisferio.

La obra publicada últimamente por Herschel contiene la descripción de todas las operaciones por él practicadas y el catálogo de todos sus descubrimientos. No tenemos la pretension de iniciar á nuestros lectores en los resultados de las investigaciones del sabio inglés ni aun de dar el catálogo que ocupa las tres cuartas partes de un tomo voluminoso que tenemos á la vista. Nos limitaremos á dar un resumen de materias.

El primer capítulo está consagrado á las nebulosas del hemisferio del Sud. El número de nebulosas y grupos que el catálogo comprende es de 1,708. A esto añade el autor las láminas que dan las formas aparentes de estas vías lácteas que afectan á veces las figuras mas caprichosas y variadas.

Despues vienen las estrellas dobles que Herschel observó, por decirlo así, á ratos perdidos, siendo su objeto principal el de descubrir las nebulosas fijando el lugar

de las que ya habian sido descubiertas. El tercer capítulo está consagrado á la *astrometría* ó determinación numérica del volúmen aparente de las estrellas, y el cuarto capítulo á la distribución de las estrellas en la bóveda celeste del hemisferio del Sud.

También fué bastante afortunado sir Herschel para observar el cometa de Halley, haciendo importantes estudios acerca de su forma, así como la de los cometas en general. Los satélites de Saturno fueron en seguida el objeto de sus investigaciones, como también las manchas del sol. Estas últimas se presentaron de un modo muy notable en 1836, no solo por su número y dimensiones, sino por su disposición y formas.

Tal es el resumen de los trabajos del célebre astrónomo, bastando su nomenclatura para explicar como esas observaciones concluidas en 1838 han tardado tantos años en ver la luz pública.

P. B.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 46 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.	\$ 15 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (SAN JUAN).	\$ 13 50 macq.	Un número suelto.	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.	\$ 18 50	— VERA CRUZ Y TAMPICO.	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA Y COSTA FIRME.	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANA.	\$ 12 75 "	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).	\$ 14 " "	Un número suelto.	3 1/2 rs. fs.